

Sulpicio Severo: “Vida de san Martín de Tours”¹



PABLO SAÉNZ, OSB – ENRIQUE CONTRERAS, OSB

FUENTES

CuadMon 134 (2000) 331 - 373

*Introducción*²

*Sulpicio Severo*³

Para reconstruir la biografía de Sulpicio son fuentes de primera mano Genadio (+ 495/505) [en su *De viris illustribus* 19] y varias cartas de Paulino de Nola (*Epístolas* 1; 5; 11; 17; 27-32), quien fuera su amigo.

¹ Eds. ECUAM (Colección “Nepsis”, 1) publicó en 1990 la versión castellana (ya agotada), debida al P. Pablo Saénz, osb (monje de la Abadía de San Benito, Luján, Pcia. De Bs. As., Argentina) de la *Vida de san Martín de Tours* que ahora reproducimos (sin las cartas). La introducción la hemos modificado un poco, pero sustancialmente es la que en esa ocasión redactamos. En *CuadMon* no se había ofrecido hasta ahora la *Vida de san Martín*.

² P. Enrique Contreras, osb.

³ *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, Casale Monferrato-Genova, 2, 3333-3336 (J. FONTAINE) [trad. castellana: *Diccionario Patristico y de la Antigüedad Cristiana*, Salamanca, 1991-1992]; CARMEN CODOÑER, *Sulpicio Severo. Obras completas*, Madrid, 1987, pp. IX-LVI (Clásicos del Pensamiento, 33); J. FONTAINE, *Purété et mélange: Le racisme spirituel de Sulpice Sévère en Mémorial D. J. Gribomont (1920-1986)*, Roma, 1988, pp. 233-251 (Studia Ephemeridis «Augustinianum», 27); J. FONTAINE, Introducción a la *Vita Martini* en SCh 133 (1967), pp. 17-58; CLARE STANCLIFFE, *St. Martin and his Hagiographer. History and Miracles in Sulpicius Severus*, Oxford, 1983, pp. 2-107 (Oxford Historical Monographs). Para completar esta bibliografía, ver el vol. de la Col. “EMPSIS” antes citado (nota 1), pp. xxi ss.

Sulpicio Severo nació en Aquitania hacia 360⁴; de su procedencia e importancia Genadio informa que «era un hombre distinguido por su nacimiento, por sus excelentes trabajos literarios, por su devoción a la pobreza y a la humildad, querido también por el santo hombre Martín, obispo de Tours, y por Paulino de Nola; escribió pequeños libros, que están lejos de ser despreciables»⁵.

Su suegra Básula, miembro de una adinerada familia consular, según atestigua Paulino (ver *Ep.* 5,5), influyó no poco en la conversión de Sulpicio al ascetismo «martiniano», habiéndolo acercado al conocimiento del santo obispo, de quien luego Sulpicio se convertirá en el más celoso y genial propagandista, con la acción personal y sobre todo con su pluma afilada y sutil.

Después de su conversión a la vida monástica, inspirado en la personalidad del santo Martín, Sulpicio organizó una comunidad «martiniana» en su propiedad de *Primuliacum* (Prémillac, en Aquitania), localidad muy probablemente ubicada en el camino que unía Tolosa con Narbona, no muy lejos de esa vía, hacia el paso de Lauraguais. De la amistad que lo unía a Paulino de Nola da testimonio la correspondencia de este último, debiendo destacarse la larga *Ep.* 22 de Paulino, llena de poesía epigráfica y destinada a describir los edificios religiosos (baptisterio e iglesia) de *Primuliacum*.

Sulpicio Severo fue sin duda un representante típico de la aristocracia galo-romana que, asistiendo a las escuelas de Burdeos, se formó con los profesores descritos por Ausonio (+ h. 395) en una serie de epigramas (libro V de sus poesías). Y más concretamente podemos considerarlo perteneciente a la minoría activa que en el Occidente latino de finales del siglo IV, se había convertido al *evangelismo radical* y exigente del ascetismo monástico, que cuestionaba fuertemente, por momentos hasta el anticlericalismo, a los obispos y al clero mundanos de la Iglesia galo-romana, acusándolos de haberse *instalado* en el Imperio.

El éxito de las obras martinianas de Sulpicio contribuyó ciertamente a consolidar la fama religiosa de San Martín, del cual los ascetas de la Galia y de Italia harán, a partir de fines del siglo IV, su modelo y, en cierta medida, su estandarte.

Por las *Epístolas* 5,5 y 11,1 de Paulino de Nola sabemos que Sulpicio habría sido un abogado de talento oratorio notable. Ambos amigos se encontraron en el activo centro intelectual del sudoeste de la Galia que era la universidad de Burdeos. En su momento cada uno contrajo matrimonio; poseían fortunas considerables, particularmente Paulino (Sulpicio por su parte gozará del beneficio

⁴ C. CODOÑER, *ob. cit.*, p. X, propone como año de nacimiento en torno a 363, y remite a la *Ep.* 5,5 de Paulino.

⁵ *De viris illustribus* 19; ed. C. A. Bernoulli, Frankfurt, 1968 (reimp. de la ed. de Freiburg i. B. und Leipzig, 1895), p. 69. Genadio escribió esta obra hacia 470.

de la dote de su esposa).

El primero en recomendar a Sulpicio que dirigiese su atención hacia Martín parece haber sido Paulino. Movidó por el ejemplo de desprendimiento de éste⁶, Sulpicio emprendió una peregrinación hasta Tours, según leemos en la *Vita Martini*: «Hacia ya tiempo que habíamos oído hablar de la fe, de la vida y de la virtud de Martín, y deseábamos vivamente conocerlo, por lo cual emprendimos gustosos una peregrinación para verlo»⁷.

Muerta su esposa, Sulpicio se orientó definitivamente hacia la decisión de desprenderse de sus bienes, para lo cual encontró una aliada comprensiva e incondicional en su suegra Búsula que era una ferviente admiradora de Martín⁸. Aunque a ella le cupo una influencia fundamental en la conversión de Sulpicio, es posible que ya antes los cónyuges hubiesen optado por una vida de continencia matrimonial y pobreza (ver Paulino, *Ep.* 5,5). La muerte de la esposa no hizo más que confirmar y radicalizar en Sulpicio una opción anterior. Recibió el bautismo quizá hacia 389, y pronto haría su primer retiro en *Elesum* (Elsone, cerca de Toluosa).

Viudo Sulpicio, a la vez que fue alejándose de su propio padre, creció en la relación con su suegra, quien, dándose cuenta del talento literario de su hijo político, lo animó a escribir la vida del famoso obispo Martín, poniendo a su disposición un equipo de esclavos taquígrafos que le ayudasen en la tarea.

Podemos ubicar la conversión de Sulpicio Severo al ascetismo⁹ entre los años 393 y 397. También durante este período realizó varios viajes a Tours y a otros lugares que habían sido escenario de los milagros de San Martín. Instado por Desiderio y particularmente por Búsula, Sulpicio escribió en este tiempo la *Vita Martini*, su primera obra dedicada a la «nueva vida» que había abrazado. Esta *Vita*, redactada por un recién convertido a la vida monástica, es la obra ingeniosa de un abogado, hombre de letras, que busca así un medio para manifestar el ardor e incluso hasta una cierta intransigencia de su reciente conversión.

El retiro de Sulpicio a *Primuliacum* puede situarse entre 394 y 399, siendo probable que éste fuera el lugar de composición de la *Vita Martini*, luego de haber

⁶ «Hay que recordar que Paulino, en un primer momento, junto a su mujer Terasia, se retira a la zona Noreste de Hispania para pasar posteriormente, en una renuncia total, a Nola donde se entrega por completo al culto de Félix de Nola siendo elegido después obispo. El paralelismo con Sulpicio, aunque no es total, es asombroso»; C. Codoñer, ob. cit., p. XI.

⁷ 25,1.

⁸ La influencia recíproca entre Sulpicio y su suegra está atestiguada en las *Eps.* 5 y 31 de Paulino, y sobre todo destaca en la *Ep.* 3 de Sulpicio dirigida a su suegra.

⁹ Algunos textos del monacato emplean el término «conversión», para indicar la entrada en la vida monástica.

renunciado a la herencia paterna y haberse desprendido de los bienes provenientes de la dote de su esposa. Paulino de Nola en su *Ep.* 5,19 del año 396, saluda a Sulpicio y a su suegra Básula, quienes ya estaban viviendo juntos en la misma propiedad. Pocos años después (en 403) les enviará una reliquia de la Santa Cruz que él mismo había recibido por medio de Melania la Anciana (ver *Ep.* 31,3).

La publicación de los *Diálogos* entre los años 403 y 404 (siete años después de la *Vita Martini*) nos muestra a Sulpicio ya definitivamente instalado en *Primuliacum*. Hasta allí lo habían acompañado sus sirvientes, algunos de los cuales se convirtieron en sus discípulos, y también convivían en ese curioso cenobio varios *pueri familiares* junto con los taquígrafos especializados.

La vida de la comunidad «martiniana» de *Primuliacum* no era demasiado severa. Su clausura no era estricta, las relaciones con el exterior eran abundantes, se toleraban algunas *mundanidades*, y no parece que existiera una regla de vida, ni un horario regular ni vida litúrgica en común. Estamos, pues, ante una forma de vida «semieremítica» semejante a la practicada en Marmoutier¹⁰.

La comunidad de Sulpicio, de la cual era el *dominus* que hacía las veces de abad para todos, estaba unida por el lazo común del culto a la memoria de Martín y una veneración sincera por sus discípulos más directos. En *Primuliacum* estaban depositados los restos del presbítero Claro, fiel discípulo de Martín, del cual Sulpicio había obtenido la custodia de su cuerpo. Igualmente una efigie de Martín (junto a otra de Paulino) estaba colocada en el baptisterio, situado entre las dos basílicas. Sulpicio, que vivía solo en su celda, recibía en ella las visitas periódicas de los monjes que habitaban en su entorno.

Estos detalles explican que la producción literaria de Sulpicio estuviera encaminada fundamentalmente a la defensa y divulgación de la santidad del obispo de Tours. La *Vita Martini*, de hecho, obtuvo una rápida difusión gracias al fuerte apoyo de Paulino de Nola, que la hizo llegar a manos de Melania la Anciana (+ h. 410) y otros amigos de su autor. Fue muy bien recibida en los ambientes ascéticos de Occidente que, a diferencia de lo sucedido en Oriente, estaban lejos de ser mayoritariamente de corte popular.

No tenemos noticias sobre Sulpicio posteriores al 404; probablemente la última carta que Paulino le dirigió pertenezca a esta fecha. En 406 la Galia sufrió la

¹⁰ C. CODOÑER, *ob. cit.*, p. XIII, afirma al respecto: «El ambiente de *Primuliacum* es un ambiente culto, donde a unas apariencias externas en el vestir y comer se superponen reuniones en las que se discute refinadamente sobre cuestiones del momento, se cuenta con la paciencia de copistas encargados de transcribir las obras de Sulpicio; un lugar, en fin, donde los servidores se transforman en discípulos. Todo ello se filtra, como una sensación, en la lectura de los *Diálogos* y en parte también transpira en las cartas de Sulpicio Severo».

invasión bárbara que la asoló a todo lo largo de su territorio. *Primuliacum* seguramente fue devastado¹¹, e idéntica suerte corrieron Marmoutier, Ligugé y otros centros de vida cristiana. No se sabe si Sulpicio sobrevivió a la tragedia de la invasión.

Según Genadio, habría terminado su vida como sacerdote, aunque sus contemporáneos lo presentan como seglar; contaminado por la herejía pelagiana, habría pasado los últimos años de su vejez reducido al silencio¹², consagrado a la penitencia para expiar el apoyo dado a los priscilianistas¹³. Esta última noticia, imposible de controlar, es puesta en duda por los historiadores y parece legendaria¹⁴.

Probablemente falleció entre 420 y 425.

¹¹ JERÓNIMO, *Ep.* 123,15: «... las provincias de Aquitania y de los nueve pueblos, la lugdunense y la narbonense, fuera de unas pocas ciudades, han quedado asoladas»; trad. de DANIEL RUIZ BUENO (con texto latino) en *Cartas de San Jerónimo*, t. II, Madrid, 1962, p. 572-573 (BAC 220). La carta, dirigida a Geruquía, fue escrita en el año 409.

¹² «Engañado en su ancianidad por los pelagianos, y reconociendo la falta en la que había caído por hablar mucho, Severo guardó silencio por el resto de sus días...»; *De viris illustribus*, 19; ed. cit., p. 69.

¹³ Corriente rigorista-ascética extendida en España en el siglo V, y que se enfrentó a la Iglesia oficial; doctrinalmente mezclaba elementos del gnosticismo y del maniqueísmo. Fue iniciada por Prisciliano de Ávila (+ 385/386) y condenada por el concilio de Zaragoza celebrado en el año 380. La historia de Prisciliano y el contenido de su doctrina ha podido reconstruirse, en su parte externa, gracias a las noticias suministradas por Sulpicio Severo en su *Crónica* (II, 46-51); en su parte doctrinal por las obras atribuidas a Prisciliano, descubiertas en 1885 (CSEL 18 [1885]). Para mayores detalles véase el excelente artículo de H. CHADWICK en *Dictionnaire de Spiritualité*, Paris, t. XII, 2ª parte, 1986, cols. 2353-2369 (bib.), y las noticias que ofrecemos al referirnos a «España» y a Prisciliano en la «Lista complementaria de personas y obras de España».

¹⁴ «Es claro que Prisciliano, tanto como Martín de Tours, y en consecuencia Sulpicio Severo, pertenecen a la tendencia que dentro de la historia de la Iglesia puede considerarse rigorista-ascética, que ve con malos ojos la participación de las autoridades eclesíásticas en cuestiones de tipo material; que también Martín de Tours ha sido mal visto por otros obispos del momento a consecuencia de su inflexibilidad de criterios. El punto en que Prisciliano se aleja de la ortodoxia es resultado de una extralimitación en los presupuestos de que parte la oposición a la corriente oficial de la Iglesia. No es raro, pues, encontrar coincidencias entre ambos personajes, lo cual no implica participación en puntos concretos doctrinales. La enorme repercusión que después de la muerte de Prisciliano tuvo su doctrina en la zona Noroeste de Hispania, supone el arraigo de aspiraciones de limpieza y exigencia en las masas populares frente a la Iglesia estatuida, aspiraciones que Sulpicio Severo expone explícitamente en muchos pasajes de sus obras y a las que no priva de valor el apasionamiento con que son enunciadas»; C. CODONER, *ob. cit.*, pp. XXI-XXII.

Obras (PL 20)

Lo esencial de la obra literaria de Sulpicio Severo consiste en un tríptico dedicado a Martín, abundantemente copiado y difundido en la Edad Media, bajo la denominación (no muy antigua) de *Martinellus* (el pequeño Martín). Esa trilogía comprende la *Vita Martini* (escrita entre 394 y 397, terminada antes de la muerte de Martín); tres *Epístolas* dedicadas a completar la *Vita Martini*, por lo que deben considerarse un apéndice de ésta (fueron compuestas entre los años 397 y 398); dos (o tres) libros de *Diálogos* (*Dialogorum libri*), escritos hacia 404, que se presentan a modo de *dossier* anexo a la *Vita Martini*.

A estas tres obras deben sumarse las *Crónicas* en dos libros (*Chronicorum libri II*), terminadas probablemente en 403.

La lengua y el estilo de Sulpicio son de corte clásico, siendo notable la imitación de Salustio y Tácito en el recurso a la elipsis y la concisión. Suele inclinarse más a las citas literarias y bíblicas que a la retórica ampulosa. Sin duda, Sulpicio poseía dotes de brillante narrador, que sabía combinar con habilidad elementos como los detalles, la viveza y el humor, sin desdeñar las faltas de sintaxis intencionadas para acentuar el color local de los episodios. De hecho, la *Vita* y los *Dialogi* fueron dos éxitos literarios, buena prueba de la calidad de Sulpicio como escritor genuino y literato refinado, condescendiente con los gustos del público.

A. Vida de San Martín (*Vita Martini Turonensis* [=VM])

En el Occidente latino, es una obra «máxima» en el doble aspecto de la calidad literaria y de la biografía ascética. Constituye un manifiesto brillante del más antiguo monacato latino a través de los hechos y las gestas de un monje obispo, taumaturgo y evangelizador, maestro espiritual y confesor de la fe.

El texto latino de la *Vita Martini* ha sido editado por C. Halm en CSEL 1 (1866), pp. 107-137, y más recientemente por J. Fontaine en SCh 133 (1967). Existe trad. castellana de C. Codoñer en *Sulpicio Severo. Obras completas*, Madrid, Ed. Tecnos, 1987, pp. 137-171 (Clásicos del Pensamiento, 33).

B. Diálogos (*Dialogorum libri II*)

Los *Diálogos* pretenden demostrar que Martín iguala, si no supera, a los más prestigiosos ascetas de Egipto; revelan un fuerte influjo ciceroniano. Transcriben la conversación de dos días entre Postumiano, que acaba de regresar de Oriente y dialoga con dos amigos suyos sobre los monjes orientales (libro primero); hace lo mismo con Galo, que procede de la región del *Loira*, para contar nuevos hechos maravillosos de Martín (libro segundo). La influencia literaria de la vida de los Padres del desierto (particularmente Antonio) es notable. Los monjes origenistas y

el mismo Jerónimo son usados como paradigma para vilipendiar la actitud autoritaria y antimonástica de un cierto clero enemigo del héroe Martín.

El texto latino ha sido editado por C. Halm en CSEL 1 (1866), pp. 152-216. Hay trad. castellana de C. Codoñer, *ob. cit.*, pp. 191-261.

C. *Epístolas* (*Epistulae III*)

Las *Epístolas* auténticas que se conservan completan la *Vita Martini*, de la que en cierto modo forman parte. Las tres están dirigidas al círculo de fervorosos convertidos procedentes de la aristocracia y adheridos al ideal ascético, admiradores de Martín y relacionados con Desiderio (el destinatario de la *Vita Martini*). Son cartas personales para ser difundidas como epístolas abiertas; y en ellas se hace una exhortación que puede ser beneficiosa para todo lector que quiera abrazar la vida ascética siguiendo el ejemplo del obispo y monje Martín.

La primera epístola (dirigida al presbítero Eusebio) es una apología, de tono polémico, que también incluye una narración o relato. La segunda (dirigida al diácono Aurelio), la más cuidada de las tres en su composición y estilo, es una epístola *consolatoria* y un panegírico; puede considerársela como *oración fúnebre* por Martín y carta de canonización (es el centro del gran apéndice a la *Vita Martini*). La tercera (dirigida a Básula), más desarrollada y desenvuelta en su estructuración, está destinada a satisfacer la curiosidad de la admiradora del santo varón; contiene una descripción de la muerte y de las exequias del santo obispo.

El texto latino de las *Epístolas* ha sido editado por C. Halm en CSEL 1 (1866), pp. 138-151, y por J. Fontaine en SCh 133 (1967), pp. 316-344. Existen traducciones castellanas de C. Codoñer, *ob. cit.*, pp. 175-188; y de P. Saenz, en *ob. cit.*, pp. 25-35.

D. Las «Crónicas» (*Chronicorum libri II*)

Obra de objetivo ambicioso que pretende ser una historia sagrada que abarca desde la creación del mundo hasta el consulado de Estilicón (año 404?), y ofrece un marco de carácter *universal* a su exaltación del ascetismo «martiniano», pero desde una perspectiva galo-romana (el segundo libro, por ejemplo, está destinado a la cuestión de las herejías arriana y priscilianista en la Galia).

La historia de Cristo y los Apóstoles es omitida, debido a que su grandeza se opone a un resumen digno. En algunos lugares la obra presenta dependencias de la *Crónica* de Eusebio de Cesarea (+ h. 339-340), de Tácito, y algunas noticias suministradas por Paulino de Nola. Intenta poseer cierto carácter crítico e histórico.

El texto latino publicado por C. Halm puede verse en CSEL 1 (1866), pp. 1-105. Hay trad. castellana de C. Codoñer, *ob. cit.*, pp. 3-133.

*Martín de Tours*¹⁵

Nació Martín en Sobaría (o Savaria), la actual Szombathely, en Hungría, que era un importante centro administrativo y militar de la *Pannonia Prima*, desde el momento en que el emperador Claudio (41-54 d JC) la había elevado a la categoría de colonia. Los padres de Martín eran paganos. Sulpicio no nos dice el año de su nacimiento, pero una fecha con muchas probabilidades de ser la correcta serían los años 316/17¹⁶. La fuente principal de esta información es la *Historia Francorum* (“Historia de los Francos”) de Gregorio de Tours¹⁷.

Martín pasó buena parte de la infancia y juventud en Pavía (Italia), donde recibió su educación, probablemente en razón de una destinación militar de su padre, que era oficial del ejército romano. A los diez años, según la VM, el pequeño Martín pidió ser recibido entre los catecúmenos, y dos años después sintió deseos de irse a vivir al desierto. Ambos datos no son demasiado dignos de fe, y parecen inspirarse en un lugar común de la literatura hagiográfica: la precocidad del niño destinado a la santidad. Por cierto es muy difícil que Martín sintiese hablar en Pavía hacia el año 328/29 (o 348 en la cronología corta), de vida monástica¹⁸.

A los quince años, obligado por su padre, Martín prestó juramento militar. Fue una imposición que el joven lamentó mucho. Trató, entonces, de vivir esa exigencia del modo más coherente con sus opciones: tenía un solo servidor, a quien

¹⁵ C. MOHRMANN, Introducción a la ed. de la VM (= *Vida de san Martín*) en *Vite dei Santi* 4, Fondazione Lorenzo Valla, Verona, 1975, pp. XIX ss.

¹⁶ La cronología martiniana es, hasta el presente, objeto de discusiones entre los especia listas. J. Fontaine defiende lo que ha dado en llamarse la cronología larga, situando el nacimiento de Martín en el año 316 (o 317). Por el contrario, los que defienden la cronología corta, como es el caso últimamente de C. Stancliffe, colocan el nacimiento de Martín en el año 336. Trataremos con mayor detalle esta cuestión en las páginas siguientes.

¹⁷ El texto clave para fijar el nacimiento de Martín dice lo siguiente: “Constantino, que fue el trigésimo cuarto en ocupar (el trono) del Imperio de los Romanos, reinó felizmente durante treinta años. Durante el undécimo año de su reinado, después que la muerte de Diocleciano había devuelto la paz a las iglesias, el muy bienaventurado prelado Martín nació en Sabana, ciudad de la Panonia, de padres paganos, pero no de baja condición”. (*Historia Francorum* I, 36; PL 71, 179, con el n. 34; ver también I, 48; PL 71, 184-186, con el n. 43; II, 14; PL 71, 212; X, 31, 2-3; PL 71, 563-564). Gregorio de Tours murió en el 594, y escribió la *Hist. Franc.* en el 575-591. Hay traducción francesa de dicha obra, realizada por R. Latouche, París, 1963, 2vols.

¹⁸ La *Vita Antonii* de ATANASIO de ALEJANDRÍA (+ 373) data del año 357. Su autor pasó por Tréveris en 335/37, y por Roma en el año 340.

Martín no trataba como tal; y no cayó en los vicios que son frecuentes entre los soldados. Todo esto ocurría antes de su bautismo, por un período de tres años. Dice Sulpicio que "tenía una gran bondad con sus compañeros de armas, junto con una admirable caridad, y una paciencia y bondad sobrehumanas... Esto le valió que sus compañeros de armas se sintieran muy unidos a él y lo veneraran con gran afecto" (VM 2, 7). Según Sulpicio, Martín era más monje que soldado (VM 2, 7). Fue en este tiempo cuando se produjo el celebérrimo episodio de Amiens. Martín, compadecido de un pobre que padecía frío a las puertas de la ciudad, rasgó su capa militar por la mitad y se la ofreció. Por la noche Cristo se le apareció en una visión y le dijo: "Martín, siendo todavía catecúmeno, me ha cubierto con este vestido" (VM 3, 3). La iconografía martiniana mostrará una señalada preferencia por este hecho en las representaciones del santo.

A los dieciocho años fue bautizado (en el 334, o 356 en la cronología corta), sin que por ello renunciara a su carrera militar. Cuando se trata de establecer la cronología martiniana es justamente la determinación del momento en que deja las armas lo que provoca la mayor divergencia de opiniones entre los especialistas. Sulpicio nos dice que dejó el ejército dos años después de su bautismo (VM 3, 6). Tal dato nos situaría en el año 336 (o 358, en la cronología corta). Sin embargo, Martín consigue su licencia del cesar Juliano, en Worms, cuando éste se hallaba dirigiendo una concentración de tropas romanas con el fin de detener la vanguardia de los bárbaros en las Galias. El licenciamiento puede colocarse al inicio de la campaña de Juliano: primeros meses del año 356. Martín tendría, pues, cuarenta años. Ya no es un joven que enfrenta a su jefe supremo pidiendo el favor de una licencia prematura, sino un veterano al final de su carrera militar de veinticinco años (331-356). Los dos años a los que hace referencia Sulpicio Severo serían un recurso literario, destinado a defender a Martín contra las acusaciones de los ambientes rigoristas, que veían con malos ojos a un bautizado y futuro monje actuando en el ejército imperial, aunque fuese al servicio de un emperador cristiano¹⁹.

En fecha reciente Clare Stancliffe²⁰ ha vuelto a poner en relieve los argumentos en favor de la cronología corta. Defiende la exactitud de los datos dados por Sulpicio en la VM, por escasos que sean. Sostiene asimismo que Gregorio de

¹⁹ Ver en este sentido la Ep. 60,9 de JERÓNIMO; ed. J. Labourt, Paris, 1953, vol. 3, p. 97. La carta está dirigida a Heliodoro, obispo de *Altinum*, y fue escrita en el año 396. Ver J. N. D. KELLY, *Jerome. His Life, Writings and Controversies*, Westminster, Maryland, reimp. de la ed. de 1975, p. 215. Trad. castellana de esta *Ep.* por D. RUIZ BUENO en BAC 219, Madrid, 1962, p. 535.

²⁰ *Martin and His Hagriographer. History and Miracle in Sulpicius Severus*, Oxford, 1983, pp. 111 ss. (Oxford Historical Monographs).

Tours, a quien recurren en busca de apoyo los que propugnan la cronología larga, depende de Sulpicio Severo y, por tanto, no es una fuente segura para poder seguirla independientemente de la VM. Hace notar también que la cronología larga debe explicar y justificar, con diversas hipótesis, las variantes que introduce en las referencias que da el biógrafo de Martín. Es claro, señala Stancliffe, que nos encontramos todavía en el terreno de las hipótesis en lo que respecta a la cronología martiniana. Y si se adopta una u otra de las variantes, no se puede dejar de lado totalmente la restante.

Para facilitar un poco la tarea al lector de la VM le ofrecemos, en columnas paralelas, las fechas principales de la vida de Martín, según ambas cronologías:

Hecho	Cronología larga	VM	Cronología corta
nacimiento	316/17		336
ingreso al ejército	331 (15 años)	2,5	351 (15 años)
bautismo	334 (18 años)	3,5	354 (18 años)
espacio de tiempo	22 años		2 años
salida del ejército	356 (40 años)	3,6	356 (20 años)

A continuación ambas cronologías siguen concordes, manteniendo evidentemente la diferencia de edad de Martín. Pero la cronología corta encuentra un nuevo obstáculo en un pasaje de los Diálogos de Sulpicio Severo, en el cual se habla de Martín septuagenario: "... una sola vez en su vida, a sus setenta años, fue Martín servido y atendido en sus comidas..."²¹. Stancliffe considera que este texto es una exageración retórica, destinada a mostrar que Martín era un *senex* (un anciano espiritual)²².

Una vez que dejó el ejército, Martín eligió como maestro espiritual al gran obispo Hilario de Poitiers, quien ocupó dicha sede entre los años 350 y 367, mostrándose como un firme defensor de la fe nicena. El primer contacto entre los dos santos no debe haber durado mucho tiempo, ya que Hilario fue enviado al exilio a fines del 356. La brevedad del encuentro no fue sin embargo obstáculo para que entre ambos se diese una profunda sintonía. Hilario, sin duda, habrá hecho tomar conciencia a Martín de la importancia que debía asignársele a la lucha antiarriana. E incluso quiso ordenarlo de diácono, ligándolo así a su Iglesia local (ver VM 5, 1). Pero Martín no quiso aceptar esa distinción, accediendo únicamente a recibir la

²¹ Sulpicio Severo, *Diálogos* (=Dial.) II,7,2-6.

²² *Op. cit.*, pp. 129-132.

orden menor de exorcista (VM 5, 2).

Al término de ese breve encuentro Martín emprende un viaje. del que su biógrafo no nos da las motivaciones. ¿Se trataba de un viaje misionero? ¿O acaso Hilario le encomendó alguna tarea particular relacionada con la lucha antiarriana? En todo caso sabemos; cuál fue el itinerario que siguió Martín: Milán, *Pannonia* (su tierra natal) donde convirtió a su madre pero fracasó en el mismo propósito frente a su padre (VM 6, 3); Iliria, donde se opuso con vigor a los arrianos, lo que le valió un castigo público (VM 6, 4); retornó a Italia, llegando de nuevo a Milán. Esta segunda permanencia sería fundamental para Martín. Fue en Milán donde realizó su primera experiencia de vida monástica. Para tal fin se había instalado en una ermita, que muy pronto debió abandonar pues el obispo Auxencio (355-374), de tendencia arriana, lo expulsó de la ciudad. En esta primera experiencia el neomonje debe haber experimentado la influencia de la *Vita Antonii*, traducida al latín antes del 370; también habrán determinado en buena medida sus programas de vida ascética, los contactos de Martín con las vírgenes y los ascetas cristianos que en aquel período ya habitaban en la ciudad y sus alrededores²³.

Obligado por las circunstancias, Martín se traslada a una pequeña isla. acompañado de un presbítero. En la Gallinaria, que así se llamaba dicha isla, intenta llevar adelante una nueva experiencia monástica aún más exigente que la anterior. Se impone una dieta alimenticia severa, consistente en raíces de plantas (VM 6, 5), y la soledad del paraje le hace las veces de yermo. En esta época se produce el primer milagro de Martín: una autocuración. "Fue por entonces cuando comió heléboro, planta que dicen ser venenosa. Al sentir el efecto del veneno, y que se aproximaba la muerte, alejó el inminente peligro con la oración, y al instante desapareció el dolor" (VM 6, 5-6).

Estando en Gallinaria se entera que a Hilario le han autorizado a volver del exilio, y que ya estaba en Occidente (año 360)²⁴.

Trata de verlo en Roma, pero cuando Martín llega, Hilario había partido (VM 6, 6 y 7, 1). Entonces "siguió sus pasos hasta Poitiers, donde fue acogido por

²³ Ver AGUSTÍN de HIPONA (+ 430), *Confesiones* VIII, 6, 14-15; texto latino y traducción castellana de A. C. VEGA en BAC 11, Madrid, ⁵1968, pp. 324-327. La obra es de los años 397-401.

²⁴ Ver M, SIMONETTI, *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma. 1975, pp. 355 ss. (Studia Ephemeridis "Augustinianum" 11). Hilario fue el animador del Concilio de París en el 361. Pero, ¿estuvo presente Hilario en ese concilio? Ver A. ROCHER en la Introducción a la ed. del *Contra Constantio*; Sch 334, Paris, 1987, p. 34, nota 1 (Hilario no estuvo presente en el Concilio de París, y el animador presente fue Phebado de Agen. + hacia el 392)

aquel con gran regocijo. Allí, no lejos de la ciudad, instaló (Martín) su ermita” (VM 1, 1). Es su tercera experiencia monástica: la de Ligugé, nombre del lugar elegido por Martín para habitar.

¿Quiso el obispo Hilario confiar, por segunda vez, una misión pastoral a Martín? ¿Se negó éste y le solicitó autorización para realizar su nuevo proyecto monástico en forma estable y definitiva? Son interrogantes que entran en el terreno, por cierto bastante oscuro, de la relación entre ambos, y de la que casi nada nos dice Sulpicio. Pero es evidente que viviendo uno y otro en estrecha vecindad -Ligugé no está lejos de Poitiers- tiene que haberse cimentado una relación muy profunda, en la que Hilario tuvo el papel de maestro espiritual de Martín.

La posición social del obispo de Poitiers, su cultura, la profundidad de su ingenio, tal como se manifiesta en sus obras, lo hacen en muchos aspectos superior al antiguo hombre de armas que se ejercitaba en prácticas ascéticas. Aunque Martín haya llevado vida de ascesis ya antes de la segunda estancia en Poitiers, y su fundación en Ligugé se asemejase mucho, inicialmente, a las de Milán y Gallinaria, hay motivos para creer que Hilario influyó la espiritualidad ascética de Martín. Hilario pudo haber conocido el monacato oriental mientras estaba exiliado en Oriente (en Frigia)²⁵.

No es difícil que, por intermedio de Hilario, Martín haya conocido la forma de vida de los monjes de Siria, la cual parece haber influenciado esta etapa monástica, en la que se advierte la preeminencia asignada a la oración y un cierto desprecio del trabajo manual²⁶.

²⁵ C. MOHRMANN, *op. cit.*, p. XXIV. Ver J. FONTAINE, Introducción a la VM en Sch 133, pp. 158-159.

²⁶ Ver la VM 6, 5 (comía raíces) y 6, 6 (confiaba totalmente en el poder de la oración). No encuentro ninguna referencia al trabajo manual en los caps. 6-8 de la VM. En cambio, sí hay varias alusiones al poder de la oración del santo (ver VM 6, 2; 7, 3-4; 7, 6.7; 8, 2). La lectura de la Introducción a la reciente ed. del *Contra Constancio*, de Hilario de Poitiers, me lleva a formular una hipótesis que, tal vez se ajusta más a los hechos, en relación con la posible influencia del monacato sirio sobre Hilario y, a través suyo, sobre Martín. En efecto, no parece que el obispo de Poitiers, durante su exilio, haya visitado la Siria. Su estancia en Oriente transcurre, en su casi totalidad (excepto la etapa final, que la pasó en Constantinopla), en el Asia Menor (Frigia e Isauria principalmente, al menos por los datos que están actualmente a nuestro alcance). Además entre los obispos que conoció, y de los que hace mención explícita, está Eustacio de Sebaste (ver *De Syn.* 90), junto a Basilio de Ancira y Eleusio de Cizico (de éste hace un elogio en *De Syn.* 63; ver *ibid.* 90). Por tanto, cabe preguntarse si Hilario no conoció el monacato, marcadamente ascético, de Eustacio de Sebaste, siendo influenciado por esta vigorosa personalidad. Si fuera así, tendríamos la presencia de una línea monástica pre-basiliana, proveniente del Asia Menor, en los inicios

Con todo no conviene absolutizar estas notas, porque puede ser que en una tal presentación de los hechos mucho tengan que ver los gustos personales del biógrafo.

Hilario murió en 367/68, y en el año 371 Martín fue elegido para la sede de Tours, a pesar de la oposición de varios miembros del clero y de un grupo de obispos (VM 9, 1-3). "Pero el pueblo, juzgando más sanamente, pensó que era ridícula la demencia de aquellos (los obispos)", que no aceptaban a Martín porque era "hombre de exterior despreciable", con los vestidos sucios y los cabellos desgreñados, y que "al querer vituperar al ilustre varón, lo ensalzaban. En consecuencia, no pudieron hacer otra cosa sino lo que el pueblo quería inspirado por la voluntad del Señor" (VM 9, 4). Toda la gente deseaba lo mismo, "y unánime fue su parecer y su deseo: que Martín era el más digno del episcopado, que sería feliz la Iglesia que tuviera un obispo semejante" (VM 9, 3).

Después de su agitada elección para la sede de Tours, Martín quiso continuar llevando vida monástica. Para conseguirlo primeramente se instaló "en una celda junto a la iglesia, pero luego como no podía soportar la inquietud que le causaban los visitantes, se mudó) a una ermita distante casi dos millas de la ciudad" (VM 10, 3). Allí, a unos tres kilómetros (dos millas) de Tours, se construyó una celda de troncos y vivió junto a ochenta discípulos, muchos de los cuales probablemente ya lo habían acompañado en su anterior retiro de Ligugé. La nueva fundación se denominó *Maius nonasterium* (Marmoutier). En ella, al menos por las noticias que nos da Sulpicio, parece que se quiso imitar la forma de vida de los monjes sirios. Se dio preferencia absoluta a la oración, quedando el trabajo manual reservado exclusivamente a los jóvenes; se estableció un régimen alimenticio estricto, pero del que no sabemos con exactitud cuál era el grado de austeridad que implicaba, excepto en el tema de la tradicional prohibición del vino; se exigió permanencia continua en la celda, salvo para la oración comunitaria y la comida diaria; se buscó imitar, casi servilmente, la vestimenta salvaje de los ascetas sirios (el vestido de piel de camello)²⁷.

A Marmoutier llegaron miembros de la nobleza, atraídos por el género de

mismos de la vida monástica en la Galia. La hipótesis merecería ser tratada con más cuidado. Me parece que hasta el momento no se ha tomado en consideración esta sugestiva posibilidad. Ver las indicaciones de A. ROCHER, sobre el exilio de Hilario, en la Introducción mencionada, SCh 334, pp. 15-17.

²⁷ Ver JUAN CASIANO (+ hacia el 435), *Instituciones* I, 10; ed. J. C. GUY, SCh 109, París, 1965, pp. 50-52 (trad. castellana de León María y Próspero María SANSEGUNDO, osb, Madrid, 1957, pp. 48-49). Casiano escribió esta obra entre 419-426, y reacciona con fuerza contra los *snobismos* orientalistas.

vida monástica que allí se practicaba. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en el monacato oriental, decididamente laico, en esta nueva fundación de Martín, lo mismo que luego ocurrirá con Lérins, quedó abierta la posibilidad de que cualquier monje accediese al presbiterado y al episcopado. A los candidatos se les exigía humildad y paciencia (curiosamente en la VM casi nunca se habla de obediencia), mas no se les vedaba pensar que, algún día, podían recibir las sagradas órdenes. “¿Qué ciudad, en efecto, no deseaba tener un pontífice salido del monasterio de Martín?” (VM 10,8.9).

A partir del capítulo once la VM no sigue más el orden cronológico de los acontecimientos. La narración se centra fundamentalmente en las hazañas taumaturgicas del santo y en sus viajes misioneros. Queda a un lado el monje-obispo, entra en acción el obispo-misionero-taumaturgo. Recién al final de la biografía (cap. 26) se vuelve a recordar la vocación monástica del venerable varón. Pero no hay que caer en la tentación de pasar por alto estos capítulos, ya que en la intención del biógrafo buscan poner en relieve un hecho: Martín fue un santo a quien guió, en su accionar, el espíritu del Señor.

La actividad misionera de Martín consistió sobre todo, según la VM, en la destrucción de santuarios paganos. De esta forma se establece una analogía entre el santo y los profetas del AT, especialmente Elías y Eliseo²⁸; mientras que las curaciones y exorcismos se inscriben en el cuadro tradicional de las pruebas milagrosas, y nos muestran a un Martín más cercano al ejemplo del Señor Jesús: compasivo y misericordioso con todos los oprimidos por algún mal. En estos textos de la VM no puede olvidarse el aporte del monacato egipcio, en particular de la *Vita Antonii*, recogido y hábilmente elaborado por Sulpicio.

Esa última sección de la VM es, a mi juicio, la que el lector de nuestro tiempo puede hallar más difícil de comprender. Algunas agudas observaciones de J. Fontaine²⁹ pueden facilitarle un tanto la tarea:

- 1) hay una verdadera lucha de Martín contra el Príncipe de este mundo (el Adversario), la cual se desarrolla no solamente en el desierto, sino también en el campo y en las ciudades;
- 2) el combate toma frecuentemente una dimensión de caridad: es necesario arrancar del poder de Satanás a determinados seres humanos heridos por la posesión demoníaca, por la enfermedad, por la muerte; incluso la lucha contra el error, que es una forma de tentación utilizada por el demonio, se inserta en un contexto de actualidad

²⁸ Ver VM 14, 3 y I R 18, 20-41.

²⁹ Introducción a la ed. de la VM en SCh 133, pp. 162-164.

doctrinal, es decir que presenta el problema de una encarnación del mal en el mundo de los seres humanos;

3) el grado de transposición de lo real a ese duelo espiritual es, por tanto, difícil de determinar, y varía según los casos;

4) los milagros de la VM están habitualmente ligados al anuncio del Evangelio y, en ese sentido, son apostólicos; el autor se aparta voluntariamente de lo maravilloso, buscando poner de relieve el hecho positivo, sin quedarse en la mera reproducción literaria de un tema tradicional en la hagiografía cristiana del siglo IV;

5) para luchar contra Satanás, Martín recurre de diversas formas a la fuerza (*virtus*) de Dios; pero lo que Sulpicio quiere destacar es, sobre todo, la paciencia del santo (VM 26, 5): "*patientia et humilitas ultra modum*" (paciencia y humildad sobrehumanas, VM 2, 7); esta disposición de Martín tiene su origen en el Evangelio, en la imitación de Cristo, y también en una aptitud natural de su carácter (ver VM 26, 5 y 27, 1), al igual que en la formación que recibió en el ejército.

"Ella compensa felizmente cierta violencia profética en sus ataques contra el paganismo. La predilección de la iconografía posterior por la caridad de san Martín manifiesta con claridad la preferencia de la devoción popular por este aspecto, el más auténticamente cristiano de este santo en armadura, pero compasivo ante todos los sufrimientos humanos. Hasta en esa imagen, querida a la veneración del Occidente cristiano, se traduce una auténtica mística de la imitación de Cristo sufriente, prefigurando su Pasión en su compasión"³⁰.

Sulpicio no incluye en su biografía el relato de la muerte de Martín, sino que concluye con una entrevista que tuvo con el santo obispo³¹. Esta es una prueba evidente que terminó su obra antes de la muerte de su héroe. Así, pues, del diálogo que mantuvo con Martín, extrajo una síntesis en la que nos presenta el modo de vida (la *conversatio*) del varón venerable (VM 25, 1- 27, 2).

La vida del obispo de Tours aparece entonces como la existencia de un verdadero sucesor de los apóstoles. Sus actos y palabras imitan, continúan, la obra de Cristo. Martín es un maestro de vida cristiana (VM 25).

Pero su ser de maestro, de obispo, de padre y pastor, se apoya en una sólida vida en Dios. Es la parte oculta de la *conversatio* de Martín: su ascesis, su

³⁰ J. FONTAINE, en SCh 133, p. 164.

³¹ J. FONTAINE, *Comentario a la VM*, SCh 135, París 1969, pp. 1043-1046.

total consagración a la oración. Sobre estos dones del Señor se apoyan su caridad y su paciencia frente a los ataques de los enemigos, en primer lugar el demonio, y luego el clero (VM 27, 3). Por una parte está el ideal monástico de una caridad que se ha hecho inaccesible a todo movimiento de la sensualidad (la *apatheia*); por la otra, esa misma caridad de paciencia lo asimila a los mártires. No llegó Martín, es verdad, a derramar su sangre por Cristo, pero confesó su fe aceptando, con un corazón de mártir, todo lo que de poco bueno se decía y se hacía contra él.

Queda de esa forma diseñada, en la conclusión de la VM, la personalidad de este modelo de vida cristiana que nos propone Sulpicio Severo:

MONJE	ABAD-OBISPO	SUCESOR DE LOS APÓSTOLES
↓	↓	↓
sucesor de los mártires y confesores	maestro de vida cristiana	misionero → taumaturgo

La conclusión de la biografía de Martín sin duda habrá dejado insatisfechos a sus admiradores y seguidores; y seguramente provocaría las burlas de los antimartinianos: “¡Qué modo de terminar una biografía!”. A esas críticas, que veía venir, ya se refiere Sulpicio con tonos bastante duros, en el final de la VM (27, 3-7). Todo esto lo impulsó a emprender la composición de un apéndice a su obra. Así deben considerarse las tres epístolas agregadas a la segunda edición de la VM por el mismo Sulpicio Severo³².

Las cartas están dedicadas a Eusebio, Aurelio y Básula respectivamente. Estos son los intermediarios, todos ellos fervientes martinianos, por medio de quienes el biógrafo de Martín se dirige a los restantes admiradores y devotos del santo. Son, por tanto, epístolas personales para ser difundidas como cartas abiertas. Y en ellas se ofrece una exhortación que puede beneficiar a cualquier lector deseoso de abrazar la vida ascética en la huella trazada por el monje-obispo san Martín.

La primera epístola es una apología, de tono polémico, que también incluye una narración o relato. Está dirigida a Eusebio, tal vez un asceta de Marmoutier y discípulo de Martín; uno de los poquísimos obispos al que Sulpicio no critica. La composición de la epístola es muy simple, alejada de todo refinamiento literario. Los párrafos 1 a 5 son un reproche, de tono fuerte, contra el escéptico; viene luego (párrafos 8 y 9) la justificación de la omisión en la VM del episodio del incendio, durante el cual Martín padeció quemaduras y sólo logró ponerse a salvo en el últi-

³² J. FONTAINE, *Comentario a las Epístolas*, SCh 135, pp. 1119 ss.

mo instante. Se aclara que ese hecho no hace sino poner de manifiesto la semejanza de Martín con los apóstoles Pedro y Pablo (argumentación escriturística: párrafos 5-8). Finalmente, el relato personal que Martín hizo del evento a Sulpicio restablece la verdad de lo acaecido (narración: párrafos 10-15).

La segunda epístola es la más elaborada de las tres, tanto en su composición como en su estilo. Se trata de una carta consolatoria y panegírica. Puede ser considerada como una epístola de canonización. Va dirigida al diácono Aurelio. Por su carácter se la podría intitular: oración fúnebre para Martín.

Al morir el santo obispo, Sulpicio, sin saberlo aún, tuvo una visión: vio a Martín participando de la gloria celestial. Entonces lo celebra como émulo y sucesor de los mártires.

La epístola a Aurelio es el centro del gran apéndice a la VM. En su exhortación Sulpicio quiere consolar al corresponsal: "Yo deseo que tú te hayas consolado, yo, que no puedo consolarme a mí mismo" (párrafo 16).

El desarrollo temático de la carta es el siguiente:

1. exordio, que consiste en un relato de la noticia de la muerte de Martín: presentida (párrafo 1), soñada en una visión en la que Martín sube al cielo (párrafos 2-4) y efectivamente anunciada por un mensajero (párrafos 5 y primera parte del 6);
2. cuerpo de la epístola, que comprende una lamentación (*threnus*): "Yo no puedo impedir que me duela" (párrafos 6, segunda parte, y 7), a la que también se asocia Aurelio; sigue un gran elogio del mártir (párrafos 8-13), una segunda lamentación (párrafos 14-15) y las consolaciones: Martín será nuestro protector, nuestro guía y nuestro intercesor (párrafos 16-18);
3. conclusión- Sulpicio se despide brevemente de su corresponsal (final del párrafo 18 y párrafo 19).

El texto de esta epístola es importante para conocer los sentimientos más profundos de Sulpicio Severo. "Jamás, tal vez, en toda su obra, Sulpicio nos había autorizado a penetrar tan lejos en su universo interior"³³.

La tercera epístola es más amplia y desenvuelta en su estructura, combina un *fioretto* martiniano con la descripción de la muerte y las exequias del santo

³³ Idem, *ibid.*, p. 1183.

obispo. Sulpicio la escribió para satisfacer a su suegra Básula, en esas curiosidades tan típicas de una mujer piadosa que admira a un santo varón. Básula había expresado su descontento porque no podía contemplar la muerte de san Martín al final de la VM. Y ciertamente se trataba de una falta grave dentro de los cánones de la tradición literaria de la biografía antigua, al igual que en la hagiografía cristiana. Sulpicio no incluía en su obra una descripción detallada de los últimos momentos de su héroe, y nada decía sobre su sepultura.

En esta carta toda la atención del lector es solicitada por la narración de la muerte de Martín, relatada en sus mínimos detalles. Ciertamente la muerte del varón venerable tiene que haber afectado muy hondamente a Sulpicio. La segunda carta es el espejo de ese dolor, que incluso pareciera sacarlo de la realidad de este mundo. Pero ahora vuelve en sí, toma contacto con los acontecimientos luctuosos (¿viajó al escenario de los hechos?) y los relata con escrupulosidad. Por tal motivo inicia el relato bastante antes del fallecimiento: con la partida de Martín que deja Tours para ya no volver más, su ida a Candes, donde debe cumplir con su servicio de pastor.

La epístola a Básula ofrece tres ejemplos destinados al lector y tomados de las últimas palabras pronunciadas por Martín:

1. la parábola de los pájaros pescadores (párrafos 7, en su parte final, y 8);
2. la última invocación del soldado de Cristo (párrafos 12-13);
3. el postrero apóstrofe de Satanás (párrafo 16).

La muerte de Martín es presentada, ante todo, como una lección de ascesis; un ejemplo de entrenamiento al combate espiritual hasta las últimas consecuencias y en todas las circunstancias de la vida.

Los funerales de Martín son la apoteosis triunfal del monacato y de los monjes. Algo así como una revancha contra el clero y los obispos que siempre se habían opuesto al abad de Marmoutier, provocándole tantos sinsabores (párrafos 17-20).

Ya desde el comienzo de esta tercera carta Sulpicio se nos vuelve a aparecer en su ropaje de incurable literato. Al extremo que, incluso ante circunstancias dolorosas como las que nos cuenta, no es capaz de prescindir de su pasión por las letras. Los reproches a Básula (párrafos 1-5) son un excelente ejemplo de los usos literarios de la sociedad culta de la época. Pero, una vez más, nos enfrentan con la compleja personalidad del autor de la VM: "... raramente se ha visto un escritor

antiguo abordar con tal sonriente despreocupación un elogio fúnebre"³⁴. Y, sin embargo, sabemos cuan hondamente había afectado la muerte de Martín el alma de Sulpicio Severo.

Para leer la Vida de san Martín de Tours

Algunas características salientes de la VM

- 1) Es una biografía muy marcada por la formación literaria profana de su autor.
- 2) La VM ofrece una concepción estética de la vida humana, que está determinada por la naturaleza del peculiar carácter del biografiado: Martín. El es un hombre constante y paciente. Dos virtudes muy valoradas por los antiguos y señaladamente importantes para la vida monástica.
- 3) Sulpicio idealiza a su héroe, y por eso da de él una descripción hieratizada.
- 4) Es intención principal de Sulpicio inmortalizar a Martín: *virtutes aeternare*. Se busca inmortalizar a un hombre excepcional por su vida religiosa.
- 5) No menos importante es la finalidad didáctica y literaria de la VM: instruir agradablemente, procurando una satisfacción intelectual y artística; en el prefacio el autor dice que desea que su obra sea amena; y el éxito de ella, en cierta medida, se explica por la atención que Sulpicio dedicó al plan literario de su biografía.
- 6) Hay en la VM una exploración del carácter de Martín a través de la observación de sus actos; en el venerable varón la razón domina sobre las pasiones (*apatheia*), la vida ascética es su estilo de vida, logra superar las oposiciones entre *theoria* y *praxis*, entre *otium* y *negotium*. Martín es el Antonio de Occidente.
- 7) También se encuentran en la biografía notas de tinte más netamente romano. La más importante es: *res non verba*. En efecto, Martín casi nunca habla, y actúa sin cesar.
- 8) La influencia de la Sagrada Escritura es fuerte en la VM, a pesar de las poquísimas citas directas que de ella hace Sulpicio. "Los textos sagrados se transforman (...) como en un lenguaje que Sulpicio Severo pone al servicio de la descripción, impulsado a utilizarlos de un modo no menos in-

³⁴ Idem, *ibid.*, p. 1266.

genioso que edificante»³⁵.

9) *La composición de la VM está organizada en escenas de carácter principalmente descriptivo.*

10) Ese modo de componer su obra supone una estima, tanto en quien escribe (Sulpicio) como en el lector, por el arte particular del relato concentrado y por las delicadezas de la descripción de tradición helenística: «Esta tendencia de su gusto explica la técnica minuciosa de mosaiquista con la cual ha yuxtapuesto, pero agrupándolos discretamente en conjuntos más vastos, episodios organizados frecuentemente como dramas en miniatura... Estos episodios se componen de trípticos que, a su vez, se integran en los dos grandes conjuntos que se pueden denominar, en el sentido de la composición formal, (...) de los “actos” y de las “virtudes”»³⁶.

Presentación del plan general de la VM

I. Programa literario de la obra:

* epístola dedicatoria: previene las críticas del lector justificando una concepción cristiana de la expresión

* capítulo 1: hace las veces de prefacio; se explica el propósito del autor: lo que espera de su obra, para sí mismo y para el lector.

II. Primera parte caps. 2-11: la vocación es obra de Dios;

es la sección de los *actos*, la parte objetiva de la VM, y se ubica en los años 316/17 a 370; comprende:

* primera conversión: de soldado a bautizado (la vida militar como un verdadero noviciado; la caridad y la visión de Cristo; la despedida del ejército y el encuentro con Hilario. VM 2-4; años 316/17-356).

* segunda conversión: de bautizado (y discípulo de Hilario) a clérigo y asceta (VM 5-8; años 356-370); en esta parte se narran los siguientes eventos:

- relación de Martín e Hilario (antes, durante, después del exilio)
- gran viaje de Martín (Italia-Pannonia-Ilírico-Italia)
- progresión ascendente hacia la santidad (de novicio a exorcista; pruebas durante el viaje; el veneno en la Gallinaria)
- retorno a Hilario (Martín está ya asentado en la vida ascética y en sus

³⁵ J. FONTAINE, Introducción a la VM, SCh 133, p. 116.

³⁶ Idem, *ibid.*, p.88.

dones taumatúrgicos)

- tercera conversión: elección al episcopado (VM 9-11; 4 de julio del 370); asistimos a:
 - la elección de Martín: *episcopatus*, ascetismo y taumaturgia al servicio de la comunidad
 - la vida en Marmoutier
 - la confusión del falso mártir

III. Segunda parte caps. 12-24: el combate contra Satanás (el Adversario); los 26 años del episcopado de Martín; es la sección de las virtudes; años 370-397; comprende:

* tres series de luchas contra Satanás:

1) contra el paganismo rural de las Galias (VM 12-15)

- el poder del signo de la cruz contra los paganos
- dos destrucciones de santuarios, acompañadas de milagros
- dos tentativas de asesinato conjuradas

2) curaciones del cuerpo y del alma (VM 16-19)

- tres exorcismos y una curación en Tréveris
- curación de un leproso en París
- poder curativo de las reliquias de Martín
- una autocuración de Martín
- advertencia al lector (VM 19, 5)

3) las ilusiones de Satanás (VM 20-24)

- tentación de adorar a Satanás en la figura imperial de Máximo
- cuatro desafíos de Satanás:
 - a. tentación de desesperación ante la muerte
 - b. disfraces politeístas del Adversario
 - c. disfraces teológicos del Adversario
 - d. disfraces místicos del demonio (cuatro seudo profetas)
- nueva tentación de adoración: Satanás se presenta disfrazado de un seudo Cristo de parusía.

IV. Conclusión de la VM: el retrato de san Martín (VM 25-27)

1. maestro y pastor
2. asceta y monje (los fundamentos interiores de la obra de Dios en san

Martín)

3. el confesor perseguido por los enemigos

4. breve conclusión (VM 27, 6-7).

Traducción de la Vida de San Martín de Tours escrita por Sulpicio Severo³⁷

I. Programa literario de la obra

1. Carta de dedicación de Severo, a su carísimo hermano Desiderio.

1. Hermano de mi alma: Yo había decidido resueltamente guardarme los papeles del opúsculo que escribí sobre la vida de san Martín, y no dejarlos salir fuera de los muros de mi casa. Por naturaleza soy muy tímido, y quería evitar el juicio de la gente para que no me sucediera lo que temo que va a suceder: que mi lenguaje inculto desagrade a los lectores y me juzguen digno de reprensión por haberme puesto imprudentemente a escribir sobre una materia reservada con todo derecho a escritores de talento. Pero no pude negarme a lo que me pedías insistentemente. ¿Qué es lo que no haría por amor tuyo, aun a costa de mi modestia? 2. Por eso te entrego este trabajo confiando en que serás fiel a tu promesa de no pasarlo a nadie. Aunque temo que tú llegues a ser su puerta de salida, y una vez que salga- ya no se pueda traerlo de nuevo.

3. Si esto llegara a suceder, y ves que otros lo leen, pide a los lectores que sean indulgentes, que aprecien más el contenido que la expresión, y ya que el Reino de Dios no está en la elocuencia sino en la fe³⁸, sufran con paciencia un defectuoso lenguaje que quizás hiera sus oídos. 4. Recuerden también que no fueron oradores los que predicaron la salvación del mundo, lo que Dios bien podía haber dispuesto, sino pescadores.

5. Cuando me propuse en mi interior escribir la vida de san Martín pensando que era un crimen que no se conocieran las virtudes de semejante hombre, decidí no avergonzarme de los solecismos, pues nunca llegué a poseer gran ciencia literaria. Si en otro tiempo quizás algo estudié de esto, ya lo he olvidado por una prolongada falta de práctica. 6- Pero para evitar esta penosa defensa, publica si te parece esta obrita, sin poner el nombre del autor. Para esto bórralo del título del

³⁷ Traducción del P. Pablo Saenz, osb, monje de la Abadía San Benito de Luján. La presente versión castellana fue realizada a partir del texto latino editado por J. FONTAINE en la colección *Sources Chrétiennes*, nº 133, Paris, 1967, pp. 248-316.

³⁸ Cf. *1 Co* 4,20.

encabezamiento, dejando la página en blanco. Es suficiente que ésta diga el tema de la obra y no el nombre del autor. Adiós, hermano venerable en Cristo, honor de todas las personas de bien y de todos los santos.

2. Prefacio

1,1. Muchos mortales, entregados vanamente al estudio y a la gloria del siglo, trataron de inmortalizar su propio nombre, ilustrando con su pluma vidas de hombres célebres.

1,2. Si esto no les procuraba, ciertamente, un recuerdo imperecedero, al menos conseguían algo de lo que esperaban, porque no sólo prolongaban su memoria (aunque vanamente), sino que también despertaban entre los lectores alguna emulación de los ejemplos de grandes hombres que proponían. Sin embargo, su preocupación no tenía ninguna relación con la vida eterna y bienaventurada.

1,3. En efecto, ¿de qué les sirvió la gloria que les procuraban sus escritos, y que debía perecer con el mundo? ¿O qué ganó la posteridad al leer los combates de Héctor, o la filosofía de Sócrates, puesto que no sólo es tontería imitarlos, sino una locura no combatirlos enérgicamente? Estos, que estimaban la vida humana sólo por las acciones presentes, entregaron su esperanza a las fábulas, y sus almas al sepulcro.

1,4. Creían que uno se perpetúa solamente en la memoria de los hombres, pero en realidad el deber del hombre consiste más en conseguir la vida perenne que un recuerdo perenne, y esto no escribiendo, peleando o filosofando, sino viviendo piadosa y religiosamente.

1,5. Este error humano, transmitido por escritos, tuvo tal pujanza que consiguió hacer muchos émulo de una vana filosofía o de una estúpida fortaleza.

1,6. Me parece pues que haré una obra importante si escribo detalladamente la vida de un varón santísimo, para que esto sirva de ejemplo a otros y mueva a los lectores a la verdadera sabiduría, a la milicia celestial y a la virtud divina. Lo que nos importa no es el vano recuerdo de los hombres, sino el premio eterno de Dios. Por eso, si acaso no vivimos de un modo tal que sirva de ejemplo a los demás, por lo menos empeñamos nuestro esfuerzo para que no quede oculto quien debería ser imitado.

1,7. Voy a comenzar pues a escribir la vida de san Martín, contando lo que hizo antes de y durante su episcopado, aunque no pueda narrar todo. Aquello de lo cual él solo fue testigo no podrá nunca conocerse porque, como no buscaba la alabanza de los hombres, ocultó cuanto pudo todas sus virtudes.

1,8. Omitimos también muchos hechos que conocemos, por parecernos suficiente narrar sólo los más importantes, para no cansar al lector multiplicándolos

excesivamente.

1,9. Ruego por tanto a los que me van a leer, que den fe a las cosas que narro, y que crean que sólo he escrito lo que me era bien conocido y probado, pues hubiera preferido no escribir nada antes que afirmar una falsedad.

II. La milicia de Martín

(De la infancia a la conversión)

1. De niño a soldado de guardia

2,1. Martín nació en Sabaria, ciudad de Panonia, pero pasó su infancia en Italia, en Pavía. Sus padres pertenecían a un rango social no muy bajo, pero eran paganos.

2,2. Su padre fue primero soldado, y luego tribuno militar, y él siguió también en su adolescencia la carrera militar. Sirvió primero en la caballería de la guardia del emperador Constancio, y luego en la del cesar Juliano. Esto no lo hizo por propio gusto, puesto que ya casi desde los primeros años la santa infancia de este noble niño se inclinaba al servicio divino.

2,3. Cuando tenía diez años. contra la voluntad de sus padres se escapó a la iglesia y pidió ser admitido como catecúmeno.

2,4. Pronto, y de un modo extraordinario, se entregó totalmente a la obra de Dios. A los doce años ya quería vivir en el desierto, y lo hubiera hecho si su poca edad no se lo hubiera impedido. Su pensamiento sin embargo estaba siempre vuelto hacia los monasterios o hacia la iglesia, y meditaba, siendo todavía niño, lo que luego realizaría devotamente,

2,5. Por aquel entonces los príncipes habían dado un edicto ordenando que los hijos de los soldados veteranos fueran enrolados en la milicia. Entonces su padre, que no veía con buenos ojos su santa conducta, lo entregó, cuando tenía quince años, para ser recluido, aherrojado, atado con los juramentos militares. Sólo tenía un servidor que lo acompañaba- y al cual él, a pesar de ser su señor, invirtiendo los papeles le prestaba servicio. A menudo le quitaba su calzado y lo limpiaba, comía con él, y frecuentemente lo servía.

2,6. Durante los casi tres años que estuvo bajo las armas antes de su bautismo, no cayó en aquellos vicios en los que generalmente cae esta clase de gente.

2,7. Tenía una gran bondad con sus compañeros de armas, junto con una admirable caridad, y una paciencia y humildad sobrehumanas. En cuanto a su frugalidad, no es necesario decir nada en su alabanza, puesto que ya en ese tiempo más parecía ser un monje que un soldado. Esto le valió que sus compañeros de armas se

sintieran muy unidos a él y lo veneraran con gran afecto.

2,8. Aun antes de ser regenerado por el bautismo, ya emprendía las buenas obras que hace uno que se prepara al bautismo, a saber: asistir a los enfermos, ayudar a los desgraciados, alimentar a los pobres y vestir a los desnudos. No guardaba para sí del sueldo militar sino lo necesario para el alimento diario, y no haciéndose sordo al evangelio, no pensaba en el día de mañana³⁹.

2. La caridad de san Martín

3,1. Cierta día, no llevando consigo nada más que sus armas y una sencilla capa militar (era entonces un invierno más riguroso que de costumbre, hasta el punto de que muchos morían de frío), encontró Martín, en la puerta de la ciudad de Amiens, a un pobre desnudo. Como la gente que pasaba a su lado no atendía a los ruegos que les hacía para que se apiadaran de él, el varón lleno de Dios, comprendió que sí los demás no tenían piedad, era porque el pobre le estaba reservado a él.

3,2. ¿Qué hacer? No tenía más que la capa militar. Lo demás ya lo había dado en ocasiones semejantes. Tomó pues la espada que ceñía, partió la capa por la mitad, dio una parte al pobre y se puso de nuevo el resto. Entre los que asistían al hecho, algunos se pusieron a reír al ver el aspecto ridículo que tenía con su capa partida, pero muchos en cambio, con mejor juicio, se dolieron profundamente de no haber hecho otro tanto, pues teniendo más hubieran podido vestir al pobre sin sufrir ellos la desnudez.

3,3. A la noche, cuando Martín se entregó al sueño, vio a Cristo vestido con el trozo de capa con que había cubierto al pobre. Se le dijo que mirara atentamente al Señor y la capa que le había dado. Luego oyó al Señor que decía con voz clara a una multitud de ángeles que lo rodeaban: "Martín, siendo todavía catecúmeno, me ha cubierto con este vestido".

3,4. En verdad el Señor, recordando las palabras que él mismo dijera: *Lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis (Mt 25,40)*, proclamó haber recibido el vestido en la persona del pobre. Y para confirmar tan buena obra se dignó mostrarse llevando el vestido que recibiera el pobre.

3,5. Martín no se envaneció con gloria humana por esta visión, sino que reconoció la bondad de Dios en sus obras. Tenía entonces dieciocho años, y se apresuró a recibir el bautismo- Sin embargo no renunció inmediatamente a la carrera de las armas, vencido por los ruegos de su tribuno, con quien lo ligaban lazos de amistad. Pues este prometía renunciar al mundo una vez concluido el tiempo de su tribunato. Martín, en suspenso ante esta expectativa, durante casi dos años después

³⁹ Cfr. *Mt* 6,34.

de su bautismo continuó en el ejército, aunque sólo de nombre.

3. Martín obtiene su retiro de Juliano

4,1. Por aquel tiempo los bárbaros invadían las Galias. El cesar Juliano reunió al ejército en la ciudad de los Vangios, y comenzó allí a distribuir una gratificación a los soldados. Como era costumbre, los llamaba uno por uno. Cuando le tocó el turno a Martín 4,2. creyó éste que había llegado el momento oportuno de pedir su baja, pues pensaba que no era honesto recibir la gratificación ya que tenía la intención de no seguir en el ejército. Dijo entonces al César: 4,3. “Hasta este momento he estado a tu servicio, permíteme ahora que sirva a Dios. Que reciba tu gratificación aquel que va a pelear, pero yo soy soldado de Cristo, y no me es lícito combatir”. 4,4. El tirano se indignó al oír estas palabras, y le respondió que si no quería luchar no era a causa de su religión sino porque tenía miedo del combate que se iba a entablar al día siguiente. 4,5. Martín, intrépidamente, y con mayor firmeza aún porque lo querían atemorizar, contestó: “Si crees que obro así por cobardía y no a causa de mi fe, mañana me presentaré desarmado delante del ejército, y en el nombre del Señor, protegido, no por escudo o casco sino por el signo de la cruz, penetraré incólume en las líneas enemigas”. 4,6. Entonces se ordenó que lo pusieran bajo guardia para asegurarse de que iba a cumplir lo que había prometido, y que se presentaría desarmado ante los bárbaros. 4,7. Al día siguiente, los enemigos enviaron parlamentarios para negociar la paz, y se entregaron ellos con todo su bagaje. ¿Cómo dudar que esta fue una victoria del bienaventurado varón, a quien se le concedió el no tener que presentarse desarmado a la batalla? 4,8. Y si es cierto que el piadoso Señor hubiera podido salvar a su soldado aun entre las espadas y flechas del enemigo, sin embargo, para que ni siquiera la mirada del santo fuera ultrajada al ver la muerte de otros, lo eximió de asistir al combate. 4,9. Cristo, en efecto, le concedió la victoria de la sumisión incruenta del enemigo, sin que nadie muriera.

III. Discípulo de Hilario

(De la conversión al obispado)

1. De Poitiers a Milán

5,1. Cuando dejó el ejército fue a encontrarse con san Hilario, obispo de Poitiers, cuya creencia, en lo que respecta a las cosas de Dios, era respetada y conocida en ese tiempo, y se quedó con él. 5,2. Hilario intentó, confiriéndole el

diaconado, vincularlo más estrechamente a sí, y a la vez ligarlo al servicio divino, pero Martín rehusó repetidas veces clamando que era indigno. Entonces el obispo, hombre de espíritu profundo, se percató de que sólo sería posible retenerlo si le confiaba un oficio que pudiera tener algo de humillante. Le propuso entonces ser exorcista, Martín no rechazó esta ordenación para que no se pensara que la rehusaba por ser demasiado humilde. 5,3. Poco después le fue comunicado en sueños que debía visitar con religiosa solicitud a su patria y a sus padres, que eran todavía paganos. Partió pues con el consentimiento de san Hilario, quien le rogó encarecidamente con muchas lágrimas que regresara. Cuentan que emprendió este viaje lleno de tristeza, anunciándoles a los hermanos que debía padecer mucho, lo que en efecto se comprobó con los hechos.

5,4. Para comenzar, se perdió en los Alpes, y cayó en manos de ladrones. Cuando uno de ellos levantaba el hacha para asestar un golpe a su cabeza, otro detuvo la diestra del que iba a herirlo. Le ataron las manos a la espalda y encomendaron a uno de ellos que se hiciera cargo de él y lo despojara. Este lo llevó aparte y le preguntó quién era. Respondió Martín que era cristiano. 5,5. El ladrón le preguntó si tenía miedo, a lo que respondió Martín con gran firmeza que nunca se había sentido tan seguro porque la misericordia de Dios lo asistía especialmente en las pruebas, pero en cambio le apenaba mucho que su interlocutor fuera indigno de la misericordia de Cristo, puesto que vivía como ladrón. 5,6. Comenzó pues a exponer la doctrina evangélica y a predicar la palabra de Dios al ladrón. ¿Para qué detenerme más? El ladrón creyó, y acompañando a Martín lo puso en camino, pidiéndole que orara por él al Señor. En lo sucesivo también al ladrón se lo vio llevar una vida piadosa, hasta tal punto que según se cuenta, la anécdota que acabamos de referir se la oyeron a él mismo.

2. Martín en Italia y en el Ilírico

6,1. Martín prosiguió su camino. Ya había pasado Milán cuando el diablo, tomando apariencia humana, se le presentó y le preguntó a dónde iba. Martín le respondió que iba a donde Dios lo llamaba, a lo que el otro repuso: 6,2. "A donde vayas, y en cualquier cosa que intentes, el diablo se te opondrá". Entonces Martín le contestó con las palabras del Profeta: *El Señor es mi auxilio, no temo lo que pueda hacerme el hombre* (Sal 117,6; Hb 13,6). Y al momento el enemigo desapareció de su vista.

6,3. Tal como lo había concebido en su interior, Martín consiguió liberar a su madre del error del paganismo, pero su padre perseveró en el mal. En cambio, salvó a muchos con su ejemplo.

6,4. La herejía arriana pululaba por todo el mundo, y especialmente en el

Ilírico. Allí Martín fue casi el único en oponerse enérgicamente a la fe corrupta de los sacerdotes, lo que le valió sufrir muchos malos tratos, pues fue azotado públicamente con varas y finalmente expulsado de la ciudad. Volvió a Italia. Allí se enteró de que en las Galias los herejes también habían obligado a san Hilario a partir al exilio, lo que había conmovido a la Iglesia. Entonces se instaló en Milán, en una ermita. Allí también Auxencio, el principal fautor de los amaños, lo persiguió encarnizadamente y lo expulsó de la ciudad cubriéndolo de injurias.

6,5. Pensando que debía ceder a las circunstancias, se retiró a una isla llamada Gallinaria en compañía de un presbítero, hombre de gran virtud. Allí vivió un tiempo alimentándose con las raíces de las plantas. Fue por entonces cuando comió eléboro, planta que según dicen es venenosa. 6,6. Al sentir el efecto del veneno, y que se aproximaba la muerte, alejó el inminente peligro con la oración, y al instante desapareció todo dolor. 6,7. No mucho después supo que el rey, arrepentido, había dado autorización a san Hilario para volver. Trató entonces de encontrarse con él en Roma, y partió para esa ciudad.

3. Martín en Poitou

7,1. Como Hilario ya se había ido, siguió sus pasos hasta Poitiers, donde fue acogido por aquél con gran regocijo. Allí, no lejos de la ciudad, instaló su ermita. Por aquel tiempo fue a vivir con él un catecúmeno que deseaba ser instruido en el modo de vida del santo varón. Pero sucedió que a los pocos días cayó enfermo con mucha fiebre, 7,2. justamente cuando Martín estaba ausente. Cuando a los tres días volvió, halló su cuerpo exánime, y tan repentina había sido la muerte que había fallecido sin el bautismo. Los hermanos, rodeando el cuerpo, le prodigaban los últimos cuidados, en el momento en que, llorando y gimiendo, llegó Martín. 7,3. Entonces, llena el alma del Espíritu Santo, mandó salir a todos de la celda donde yacía el cuerpo, echó cerrojo a las puertas, y se extendió sobre los miembros inanimados del hermano difunto. Después de entregarse un tiempo a la oración, el Espíritu le hizo sentir la presencia de la virtud del Señor. Se levantó entonces un momento, y mirando el rostro del difunto esperaba confiadamente ver el efecto de su oración y de la misericordia de Dios. Después de casi dos horas, vio que el difunto movía poco a poco todos sus miembros, y que parpadeando abría los ojos para ver. 7,4. Entonces dirigiéndose al Señor en alta voz llenó la celda con un gran clamor de acción de gracias. Al oír esto, los que estaban a la puerta entraron inmediatamente y vieron vivo, ¡oh maravilloso espectáculo!, al que habían dejado muerto.

7,5. Así pudo recibir el bautismo aquel que había vuelto a la vida. Después de esto vivió muchos años más, y él fue el primero que nos proporcionó argumento y testimonio de las virtudes de Martín. 7,6. Acostumbraba contar que cuando dejó

el cuerpo fue conducido al tribunal del Juez, donde recibió una penosa sentencia que lo relegaba a vivir en regiones sombrías con gente villana. En ese momento, dos ángeles le hicieron observar al Juez que ese hombre era aquel por quien Martín oraba. Entonces se mandó a los mismos ángeles que lo condujeran y que lo devolvieran a Martín con la vida que tenía antes. 7,7. A partir de este hecho comenzó a refulgir el nombre de este santo varón de modo tal que, si antes lo tenían por santo, ahora lo consideraban como un poderoso y verdadero apóstol.

8,1. No mucho después, al pasar por el campo de un tal Lupicino, un notable de este mundo, fue recibido por el clamor y el llanto de un gentío que se lamentaba. 8,2. Aproximándose presuroso preguntó qué era aquel llanto, y le dijeron que un pequeño esclavo de la casa se había quitado la vida ahorcándose con una soga. Al saberlo, fue a la habitación donde yacía el cuerpo, y haciendo salir a toda la gente, se extendió sobre él y oró unos momentos. 8,3. Enseguida el difunto se incorporó mirándolo con el semblante reanimado, pero con ojos desfallecientes. Con un penoso esfuerzo trató de levantarse y se puso de pie apoyándose en la diestra del santo varón; y así avanzó con él hasta el vestíbulo de la casa, ante la mirada atenta de la gente.

IV. Obispo de Tours

(Un pastor monje y taumaturgo)

1. Una elección agitada

9,1. Aproximadamente por ese tiempo ya se lo postulaba para el obispado de la Iglesia de Tours, pero no era nada fácil arrancarlo de su monasterio. Entonces un tal Rústico, ciudadano de Tours, fingió que su mujer estaba enferma, y rogándole postrado que fuera a verla, consiguió hacerlo salir. 9,2. La gente de la ciudad, que ya se había apostado en el camino, lo condujo custodiado a la ciudad. Fue extraordinario: una multitud increíble de personas, no sólo de la ciudad sino también de los pueblos vecinos, había venido a volar. 9,3. Todos querían lo mismo, y unánime fue su parecer y su deseo: que Martín era el más digno del episcopado, que sería feliz la Iglesia que tuviera un obispo semejante.

Un pequeño grupo de obispos de los que habían sido llamados para instalar al prelado, se oponían impiamente alegando que Martín era una persona ordinaria, que era indigno del episcopado un hombre con un exterior despreciable, con los vestidos sucios y los cabellos desgreñados. 9,4. Pero el pueblo, juzgando más sanamente, pensó que era ridícula la demencia de aquellos que al querer vituperar al ilustre varón lo ensalzaban. En consecuencia no pudieron hacer otra cosa sino lo

que el pueblo quería inspirado por la voluntad del Señor.

Entre los obispos presentes, el principal opositor se llamaba Defensor. Fue notable que éste recibiera una seria admonición en la lectura misma de un versículo del Profeta. 9,5. Pues sucedió accidentalmente que el lector que debía ejercer su oficio ese día no pudo acercarse a causa de la multitud. Los ministros estaban molestos esperando al que no llegaba. Entonces uno de los presentes tomó el salterio y arremetió con el primer versículo que encontró. 9,6. Era el salmo que dice: *Por la boca de los niños y de los lactantes te hiciste una alabanza frente a tus enemigos, para destruir al enemigo y al defensor (Sal 8,3)*. Al oír esto, el pueblo alzó la voz, y la parte adversaria quedó confundida. 9,7. La gente pensó que si se había leído este salmo, había sido por designio divino, para que Defensor oyera un testimonio sobre sus obras. De la boca de los niños y de los lactantes el Señor había sacado una alabanza para la persona de Martín, y al mismo tiempo había descubierto y destruido al enemigo.

2. Martín fundador y abad de Marmoutier

10,1. No sabríamos decir cuan ejemplar fue la conducta de Martín después de su elevación al episcopado, ni cuánta grandeza reveló. En efecto, siguió siendo fidelísimamente el mismo de siempre, 10,2. Tenía la misma humildad de corazón, la misma pobreza en su modo de vestir. Desempeñaba su dignidad episcopal lleno de autoridad y de gracia, mas sin olvidar su profesión y sus virtudes monásticas.

10,3. Durante un tiempo vivió en una celda junto a la iglesia pero luego, como no podía soportar la inquietud que le causaban los visitantes, se instaló en una ermita distante casi dos millas de la ciudad. 10,4. Este lugar era tan oculto y retirado que ya no añoraba la soledad del desierto. La roca escarpada de un alto monte lo protegía por un lado, y un pequeño meandro del río Loira rodeaba el resto del terreno dejando sólo una angosta entrada. Martín mismo se había construido allí una celda de troncos, 10,5. como muchos de sus hermanos. La mayor parte, en cambio, se habían excavado un refugio en la roca del monte que dominaba sobre ellos.

Había cerca de ochenta discípulos que se formaban siguiendo el ejemplo del santo maestro. 10,6. Nadie tenía nada propio sino que todo era puesto en común, y a nadie le era lícito comprar o vender, como algunos monjes hacen habitualmente. Allí no se ejercía arte alguna, salvo la de los copistas, que estaba a cargo de los monjes más jóvenes, pues los mayores se dedicaban a la oración. 10,7. Raramente salían de su celda, excepto para reunirse en el lugar de oración. Todos tomaban juntos su alimento después de la hora en que termina el ayuno. 10,8. Nadie tomaba vino sino aquel a quien la enfermedad lo obligaba. Muchos vestían con piel

de camello; llevar un vestido más refinado era considerado falta grave. Lo más admirable era que había entre ellos muchos nobles, los cuales, aunque habían recibido una educación muy diferente, se habían plegado a esta vida de humildad y de paciencia. Hemos visto a muchos de ellos que luego fueron hechos obispos. 10,9. ¿Qué ciudad, en efecto, no deseaba tener un pontífice salido del monasterio de Martín?

3. Un falso mártir desenmascarado

11,1. Para ilustrar las otras virtudes que practicó durante su episcopado, narraré lo que sigue. No lejos de un pueblo cercano al monasterio había un lugar que la gente veneraba como sagrado, por suponer erróneamente que allí había mártires enterrados. 11,2. Se hallaba allí, efectivamente, un altar que se creía erigido por obispos de otro tiempo. Martín no aceptó esto a la ligera, e inquirió a los presbíteros y clérigos de más edad el nombre del mártir y la fecha de su pasión. Mucho se preocupó al saber que los mayores no recordaban nada seguro al respecto. 11,3. Por un tiempo se limitó a no concurrir a ese lugar, pero no prohibió su culto. Estaba indeciso y no quería convalidar con su autoridad la creencia popular, para que no creciera la superstición. Pero un día fue al lugar acompañado de unos pocos hermanos. 11,4. Allí, de pie sobre el mismo sepulcro, rogó al Señor que le mostrara quién era el que estaba allí sepultado. Al volverse luego hacia la izquierda, vio junto a sí una sombra repugnante y terrible. Mandó entonces a ésta que le dijera su nombre y su pecado, y ella dijo su nombre y confesó su crimen. Había sido un ladrón ejecutado por sus fechorías, al que la gente veneraba por error. Nada tenía en común con los mártires, pues ellos gozaban de la gloria, y él pagaba su pena. 11,5. Cosa extraordinaria: los presentes oían la voz del que hablaba, pero no veían a nadie. Entonces Martín les contó lo que veía. Mandó luego retirar el altar de aquel lugar, y así libró al pueblo del error de esta superstición.

V. Conversión de los paganos

(Duelo taumaturgico con el paganismo de las campiñas galo-romanas)

1. Entierro pagano detenido

12,1. Tiempo después sucedió que yendo por un camino se encontró con un funeral supersticioso que conducía el cuerpo de un pagano a su sepultura. Viendo de lejos el gentío que venía, y no sabiendo qué era, se detuvo un poco, pues estaba a unos quinientos pasos y le era difícil darse cuenta de qué era lo que se

acercaba. 12,2. Pero cuando distinguió a un grupo de campesinos, y vio los paños que estaban sobre el cadáver y que el viento hacía tremolar, creyó que se trataba de un rito de sacrificios paganos, porque los campesinos galos tenían la triste costumbre de llevar en procesión por los campos los ídolos de los demonios cubiertos de paños blancos. 12,3. Hizo entonces sobre ellos la señal de la cruz, y ordenó al gentío no moverse del sitio donde estaban y dejar lo que llevaban. Y, cosa extraordinaria, se vio que los desgraciados primero se quedaban rígidos como roca, 12,4. y luego, intentando con gran esfuerzo avanzar sin conseguirlo, giraban ridículamente sobre sí mismos, hasta que vencidos dejaban caer el cuerpo. Atónitos, mirándose entre sí, discurrían en silencio sobre lo que les sucedía. 12,5. Pero cuando el santo varón se dio cuenta de que esa agrupación no era una procesión idolátrica sino un entierro, levantó de nuevo la mano y les permitió seguir y llevar el cuerpo. Así pues cuando quiso los detuvo, y cuando le pareció bien los dejó seguir.

2. El desafío del pino volteado

13,1. En cierta ocasión Martín había destruido un templo pagano. Pero cuando luego quiso cortar un pino que estaba cerca de aquel, el sacerdote y la gente pagana del lugar se opusieron. 13,2. Por voluntad del Señor no habían hecho resistencia cuando se destruyó el templo, pero no toleraban ahora que cortaran el árbol. Martín les explicaba con insistencia que ese árbol no tenía nada de sagrado, que tenían que seguir al Dios que él servía, y que había que cortar el árbol porque había sido dedicado al demonio.

13,3. Entonces el más audaz de ellos le dijo: “Si tienes algo de confianza en el Dios que tú dices que adoras, nosotros mismos cortaremos el árbol con tal que tú lo recibas cuando caiga. Si tu Dios está contigo, no te pasará nada”. 13,4. Entonces Martín, confiando intrépidamente en el Señor, prometió hacerlo. Todo el gentío pagano aceptó este desafío, resignándose a sacrificar el árbol con tal que éste aplastara en su caída al enemigo de sus ritos.

13,5. Como el pino estaba inclinado hacía un lado, y era seguro que al cortarlo caería hacia allí, se lo puso a Martín atado, como querían los paisanos, en el lugar donde nadie dudaba que caería el árbol.

13,6. Se pusieron enseguida a cortar el árbol con gran gozo y alegría. Una turba de espectadores se mantenía a distancia. El pino comenzó poco a poco a oscilar, y ya amenazaba desplomarse. 13,7. Los monjes, desde lejos, palidecían y estaban aterrados por el peligro inminente que corría Martín. Ya habían perdido toda esperanza y fe, y sólo aguardaban su muerte. 13,8. Pero él, confiando en el Señor, esperaba intrépido.

El pino dejó oír un crujido y comenzó a derrumbarse. Ya caía y se desplo-

maba sobre Martín cuando éste, levantando la mano hacia él, trazó la señal de la cruz. Entonces, rechazado hacia atrás como por un huracán cayó hacia el lado opuesto, de tal modo que casi aplastó a los campesinos que se habían ubicado en lugar seguro. 13,9. Entonces se elevó al cielo un gran clamor: los campesinos se admiraban del milagro y los monjes lloraban de alegría, y todos alababan el nombre de Cristo. Claramente se comprobó aquel día que la salvación había llegado a esa región⁴⁰. No hubo casi nadie de esa multitud que no creyera en el Señor Jesús y pidiera la imposición de las manos, abandonando el error de la impiedad.

Antes de que llegara Martín a esas regiones, pocos o casi nadie habían recibido el nombre de Cristo. Pero tanto fue el poder de las virtudes y el ejemplo de Martín que ya no se encuentra lugar donde no haya numerosas iglesias o ermitas, pues cuando destruía los templos paganos, enseguida los reemplazaba construyendo iglesias o ermitas.

3. Incendio y destrucción de templos paganos

14,1. Por ese tiempo demostró Martín poseer una gran virtud para realizar esa clase de obras. En cierto pueblo le había prendido fuego a un antiguo y célebre templo pagano. El viento había comenzado a llevar torbellinos de llamas a una casa vecina que estaba prácticamente unida al edificio del templo. 14,2. Cuando Martín lo advirtió, corrió rápidamente, se subió al techo de la casa y salió al encuentro de las llamas que llegaban. Entonces, de modo maravilloso, se pudo ver cómo el fuego se volvía contra la fuerza del viento y se entablaba como una lucha entre los dos elementos que combatían entre sí. De este modo, por el poder de Martín, el fuego actuó solamente donde él lo mandó.

14,3. Así también cuando quiso destruir un templo que la superstición pagana había cargado de riquezas, en un pueblo llamado El Leproso (Levroux), se le opuso una muchedumbre de paganos. Rechazado no sin violencia, 14,4. tuvo que retirarse a las afueras. Allí pasó tres días vestido de cilicio y cubierto de ceniza, ayunando y orando constantemente, y pidiéndole al Señor que la virtud divina derribara aquel templo que la mano del hombre no había podido destruir. 14,5. De pronto se le aparecieron dos ángeles armados de lanza y escudo como dos soldados del cielo, y le dijeron que los enviaba el Señor para poner en fuga a la multitud de paganos y defender a Martín, para que nadie le impidiera destruir el templo. El debía terminar fielmente la obra que había comenzado. 14,6. Fue así como volvió al pueblo, y ante una multitud de paganos que lo miraban inmóviles, destruyó hasta los cimientos el edificio profano, y redujo a polvo los altares y las imágenes. 14,7.

⁴⁰ Cf. *Lc* 19,9.

Los campesinos, al darse cuenta de que era el poder de Dios el que los había hecho permanecer estupefactos sin oponerse al obispo, llenos de temor, creyeron casi todos en el Señor Jesús, y confesaron en alta voz y abiertamente que había que dar culto al Dios de Martín y desechar los ídolos, incapaces de socorrerse a sí mismos.

4. Los asesinos descubiertos

15,1. Voy a contar lo que sucedió en el pago de los eduos. Mientras Martín destruía otro templo, una multitud de campesinos paganos se arrojó furiosa sobre él. Cuando uno de ellos, más audaz que los otros, lo amenazaba con una espada, Martín, quitándose el manto, ofreció al golpe su cerviz descubierta. 15,2. El pagano no dudó en herirlo, pero al levantar demasiado la diestra, cayó hacia atrás. Entonces, consternado por el temor divino, pidió perdón.

15,3. Semejante al recién narrado es este otro hecho. Un día en que estaba destruyendo unos ídolos, un individuo intentó atacarlo con un cuchillo, mas al instante el cuchillo fue arrancado de las manos del agresor y desapareció.

15,4. Pero lo más frecuente era que, cuando los campesinos se oponían a que destruyera sus templos, calmara los ánimos de los paganos con una santa predicación, y cuando les mostraba la luz de la verdad, eran ellos mismos los que destruían sus templos.

VI. La gracia de hacer curaciones

(Lucha contra las enfermedades y la posesión)

1. Curación de la paralítica de Tréveris

16,1. La gracia que tenía para curar era tan poderosa que casi ningún enfermo acudía a él sin que recobrarla al instante la salud. Esto se verá en el caso siguiente. 16,2. Una muchacha de Tréveris estaba enferma de parálisis. Hacía mucho tiempo que su cuerpo estaba impedido de cumplir con las funciones vitales, y como si estuviera medio muerta, apenas palpitaba en ella un soplo de vida. 16,3. Sus parientes cercanos la acompañaban con dolor, esperando solamente su muerte, cuando de pronto se anunció la llegada de Martín a aquella ciudad. Cuando el padre de la muchacha lo supo, corrió hasta quedar sin aliento, a rogarle por su hija. 16,4. Martín ya había entrado a la iglesia. Allí, ante la mirada del pueblo y de muchos otros obispos presentes, el anciano abrazó sus rodillas sollozando y le dijo: “Mi hija muere de una enfermedad terrible, más cruel que la misma muerte. Sólo tiene un hálito de vida, pues su carne está como muerta. Te ruego que vayas y la bendi-

gas, pues creo que gracias a ti le será devuelta su salud". 16,5. Ante estas palabras, Martín se sintió confundido y trató de excusarse diciendo que no estaba en su poder lo que le pedía, que el anciano no sabía lo que decía, que no era digno de que Dios mostrara su virtud por él. Pero el padre perseveraba llorando con más vehemencia y rogando que visitara a la moribunda, 16,6. Por fin, instado a ir por los obispos presentes, bajó a la casa de la muchacha. Una gran multitud estaba ante las puertas para ver qué iba a hacer el siervo de Dios. 16,7. El, recurriendo a las armas que le eran familiares en estas circunstancias, se postró en el suelo en oración. Después mirando a la joven pide que traigan aceite. Entonces lo bendijo y luego derramó la virtud de este santo brebaje en la boca de la niña, la cual recobró al instante la palabra. 16,8. Luego, progresivamente, a su contacto se fueron sanando sus miembros, hasta que se incorporó y se puso de pie en presencia del pueblo.

2. Liberación de tres posesos

17,1. En ese tiempo un esclavo de un tal Tetradio, personaje proconsular, estaba poseído por un demonio que lo atormentaba con dolores terribles. Pidieron a Martín que le impusiera las manos, y éste mandó llamarlo. Pero fue imposible sacar de la celda al espíritu maligno, que atacaba a dentelladas furiosas a los que se acercaban. 17,2. Tetradio cae entonces de rodillas ante el santo varón pidiéndole que baje a la casa donde tenían al endemoniado. Martín responde que no puede ir a casa de un infiel y pagano 17,3. (porque es de saber que Tetradio en ese tiempo, estaba todavía envuelto en el error del paganismo). Pero éste prometió que si su esclavo era librado del demonio, se haría cristiano. 17,4- Martín impuso entonces las manos al esclavo y arrojó de él al espíritu inmundo. Al ver esto Tetradio creyó en el Señor Jesús, y al instante se hizo catecúmeno, y no mucho después fue bautizado. Y siempre guardó hacia Martín un gran afecto, considerándolo como el autor de su salvación.

17,5. Por ese mismo tiempo y en el mismo pueblo, un día Martín iba a entrar en la casa de un padre de familia, cuando al llegar al umbral de la puerta se detuvo diciendo que veía un horrible demonio en el atrio de la casa. Le ordenó entonces que se fuera, pero el demonio tomó posesión del cocinero del padre de familia, que se hallaba en el interior de la casa. El miserable comenzó a agredir con los dientes y a herir a los que encontraba. La casa se estremeció, los esclavos se asustaron, la gente se escapó. 17,6. Martín se presenta al furioso y le ordena inmediatamente que se detenga, pero el otro rechinando los dientes y abriendo la boca amenazaba morderlo. Entonces Martín le metió los dedos en la boca y le dijo: "Si tienes algún poder, devóralos". 17,7. El poseso, como si le hubieran metido en la boca un hierro candente, apartaba sus dientes de los dedos del santo varón para no

tocarlos. Y como el demonio se viera forzado a abandonar el cuerpo del poseso por estos castigos y torturas, y no podía salir por la boca, fue expulsado por el flujo del vientre, dejando tras sí restos repugnantes.

18,1. Entre tanto había cundido repentinamente la noticia de que se acercaba una invasión de los bárbaros, y la ciudad estaba alarmada. Martín mandó llamar a su presencia a un endemoniado y le ordenó que confesara si esa noticia era verdadera. 18,2. Entonces el demonio confesó que él junto con otros diez demonios que estaban con él habían hecho correr ese rumor entre la gente para que Martín se asustara y se fuera del pueblo, pero que en realidad los bárbaros ni pensaban hacer una invasión. Como el espíritu inmundo hizo esta confesión en plena iglesia, la ciudad se vio libre de este temor y esta zozobra.

3. Cuatro curaciones notables

18,3. Entrando en París acompañado de una gran multitud, al pasar por la puerta de esta ciudad besó y bendijo a un miserable leproso que tenía una cara que causaba horror a todos. Al instante el leproso quedó totalmente libre de su mal. 18,4. Al día siguiente fue a la iglesia a dar gracias por la salud recobrada, y tenía la piel inmaculada. No debemos dejar de contar que a menudo trocitos del vestido o cilicio de Martín obraron curaciones. 18,5. Atados a los dedos o aplicados al cuello de los enfermos, curaban frecuentemente la enfermedad que padecían.

19,1. Así fue como un antiguo prefecto llamado Arborio, alma santa y fiel, que tenía una hija gravemente enferma de fiebre cuartana, como le llegara a sus manos una carta de Martín, la aplicó al pecho de la muchacha cuando estaba en pleno acceso de fiebre, y ésta al instante desapareció. 19,2. Ello impresionó tanto a Arborio que al momento ofreció la niña a Dios y la consagró a perpetua virginidad. Fue a ver a Martín y le presentó a la joven que aquel había curado estando aún ausente, como testimonio viviente de su virtud, y no consintió que nadie sino Martín le impusiera el hábito de las vírgenes y la consagrara.

19,3. Paulino, aquel varón que debía ser luego un ejemplo tan preclaro, comenzó a padecer gravemente de un ojo, y una nube muy compacta cubría enteramente la pupila. Martín le tocó el ojo con un pequeño pincel y le restituyó la prístina salud, quitándole todo dolor. 19,4. El mismo en cierta ocasión se cayó de una pieza alta al rodar por los peldaños irregulares de la escalera, y recibió muchas heridas. Yacía en la celda postrado, en medio de grandes dolores, cuando por la noche un ángel pareció lavarle las heridas y ungir con un bálsamo saludable las contusiones de su cuerpo magullado. Al día siguiente estaba tan sano, que nadie hubiera creído que había sufrido accidente alguno.

19,5. Pero sería largo relatar todos los casos. Baste haber citado estos

pocos ejemplos elegidos entre muchos. Séanos pues suficiente no ocultar la verdad de los más notables, y evitar el cansancio que causaríamos con su multiplicación.

VII. Los engaños del diablo

(Lucha contra las ilusiones de Satán)

1. Festín en la casa del emperador Máximo

20,1. Añadamos todavía algún relato de menor importancia. En nuestros tiempos la depravación y la corrupción son tales que es excepcional que un obispo no trate de quedar bien con el rey. Sucedió pues que alrededor del emperador Máximo, hombre de temperamento feroz, exacerbado aún más por su triunfo en las guerras civiles, se habían congregado muchos obispos venidos de diversas partes del mundo. Era visible la torpe adulación de todos hacia el príncipe, posponiendo, por falta de valor, la dignidad sacerdotal a la condición de clientes del soberano. Solamente en Martín subsistía la dignidad de los apóstoles, 20,2. de modo que cuando tuvo que interceder por algunas personas lo hizo más exigiendo que rogando. A pesar de las frecuentes invitaciones a comer con él que le hacía el príncipe, se negaba alegando que no podía participar de la mesa de aquel que había quitado a un emperador el reino, y a otro, la vida. 20,3. Por último Máximo afirmó que él no había asumido el poder por su propia voluntad, sino que se había visto obligado a defender con las armas el reino que por designio divino le había sido impuesto por los soldados; que le parecía que la voluntad de Dios no podía oponerse a un hombre que había obtenido una victoria tan increíble; y que ninguno de sus enemigos había muerto fuera de los campos de batalla. Martín se dejó convencer por sus razones y ruegos y asistió a una comida, con gran alegría del rey que había conseguido que fuera. 20,4. Como si se tratara de un día de fiesta, estaban invitadas allí ilustres personalidades: el prefecto y cónsul Evodio, varón justo como ninguno, dos condes investidos de los más altos poderes, y el hermano y el tío del rey. Entre estos se había ubicado el presbítero que acompañaba a Martín, y él ocupaba un lugar al lado del rey. 20,5. Hacia la mitad del banquete un servidor, como es costumbre, presentó una copa al rey. Este mandó dársela al obispo, esperando y deseando recibir la copa de su mano. 20,6. Pero Martín, después de beber, entregó la copa a su presbítero, estimando que nadie era más digno que éste de beber después de él, y que no hubiera estado bien dársela primero al rey en persona o a alguno de los personajes que estaban a su lado. 20,7. Semejante gesto admiró tanto al emperador y a los presentes, que se sintieron complacidos por aquel mismo acto que los había desairado. Y fue muy notorio en todo el palacio que Martín había hecho en un banquete real lo

que ningún obispo se hubiera animado a hacer en una comida de modestos magistrados.

20,8. A este mismo Máximo, Martín le previno con mucha anticipación que si se dirigía a Italia, adonde quería ir para hacer la guerra al emperador Valentiniano, debía saber que en un primer tiempo sería vencedor, mas que poco después moriría. 20,9. Y eso fue lo que vimos que sucedió. Pues a la llegada de Máximo, Valentiniano fue puesto en fuga, pero más o menos un año más tarde rehizo sus fuerzas y apresó a Máximo dentro de los muros de Aquilea y lo ejecutó.

2. Satanás hostiga a Martín

21,3. Está fuera de duda que en muchas ocasiones Martín recibía la visita de ángeles y conversaba con ellos. También el diablo era patente y visible a sus ojos, y lo descubría bajo cualquier forma que se presentara, ya fuera con su propio aspecto, ya fuera transformado en diversas apariencias de maldad. 21,2. Sabiendo el diablo que no podía escapar, lo hostigaba a menudo con injurias, pues no podía engañarlo con sus trampas.

En cierta ocasión el demonio hizo irrupción en su celda con gran estrépito, teniendo en la mano un cuerno de buey empapado en sangre. Luego mostrando su diestra ensangrentada y festejando el crimen que acababa de cometer, le dijo: “¿Dónde está, Martín, tu poder?; acabo de matar a uno de los tuyos”. 21,3. Entonces Martín llamó a los hermanos y les contó lo que le había dicho el diablo, y les mandó que se fijaran con diligencia para ver quién había sido la víctima. Le avisaron que no faltaba ninguno de los monjes, sino sólo un campesino que habían contratado para que trajera leña con el carro y que había ido al bosque. Martín manda a algunos a buscarlo. 21,4. No lejos del monasterio lo hallan casi muerto. Ya a punto de morir cuenta a los hermanos la causa de su herida mortal. Los bueyes estaban uncidos, y él ajustaba las correas que estaban flojas, cuando un buey sacudió la cabeza y le clavó un cuerno en la ingle. Poco después entregó su alma. Ustedes sabrán por qué el Señor dio este poder al diablo, 21,5. pero lo extraordinario es que Martín preveía mucho antes de que acontecieran, no sólo éste que acabamos de narrar, sino muchos otros sucesos semejantes, y refería a sus hermanos lo que a él le había sido revelado.

3. Disfraces politeístas y controversias teológicas

22,1. Frecuentemente el diablo intentaba engañar al santo con mil artificios y se presentaba ante él bajo aspectos muy diversos. A veces lo hacía con la apariencia de Júpiter, otras con la de Mercurio, y otras también, presentaba el aspecto de Venus o de Minerva. De él Martín, siempre impávido, se protegía con la

señal de la cruz y el auxilio de la oración. 22,2. Muchas veces se oían las invectivas con las que la turba de los demonios lo increpaban a grandes voces. Pero sabiendo él que todo aquello era falso y vano, no hacía caso a lo que decían.

22,3. Algunos hermanos afirmaban haber oído al demonio acusar a Martín con palabras y gritos perversos, por recibir en el monasterio a hermanos que en otro tiempo habían perdido la gracia bautismal al aceptar diversos errores, y que luego se habían convertido. El diablo luego enumeraba las faltas de cada uno. 22,4. Pero Martín, haciendo frente al diablo, repuso con firmeza que los delitos pasados son borrados cuando se observa una vida mejor, y que la misericordia de Dios perdona los pecados de los que dejan de pecar. El diablo a su vez lo contradijo diciendo que los culpables no tenían perdón, y que aquellos que habían caído una vez no podían esperar clemencia alguna del Señor. Entonces Martín se expresó en estos términos: 22,5. "Si tú mismo, miserable, dejaras de perseguir a los hombres y te arrepintieras de lo que haces, ahora cuando el día del juicio se aproxima, yo te prometería misericordia, confiando verdaderamente en el Señor Jesucristo".

¡Oh qué santamente presumió de la piedad del Señor! Y aunque no pudo otorgarla por no tener autoridad sobre ésta, por lo menos expresó sus sentimientos.

22,6. Y puesto que hemos comenzado a hablar del diablo y de sus artimañas, no estará fuera de lugar, aunque me desvíe del tema, contar un suceso donde se manifestó una parte del poder de Martín. Fue un hecho extraordinario, digno de ser recordado como una enseñanza para aprender a ser precavido, si a uno, en cualquier circunstancia, le sucediera algo semejante.

4. Falsa mística y falsos profetas

23,1. Un tal Claro, joven de la alta nobleza que llegó a ser luego sacerdote, y que ya alcanzó la vida bienaventurada por una muerte santa, había abandonado todo para irse con Martín. En poco tiempo ascendió a la cumbre de la fe y de todas las virtudes. 23,2. Se había construido una celda no lejos del monasterio del obispo, donde vivía en compañía de muchos hermanos. Vino también a vivir allí un joven llamado Anatolio que, bajo su profesión monástica, aparentaba gran humildad y modestia. Llevó éste durante un tiempo la vida en común que llevaban todos. 23,3. Luego con el tiempo comenzó a decir que solía tener conversaciones con ángeles. Como nadie le hacía caso, aparentaba hacer algunos prodigios para que los hermanos le dieran crédito. Por último llegó a decir que tenía mensajeros que iban y venían entre Dios y él, y pretendía que lo consideraran como a uno de los profetas. 23,4. Claro, sin embargo, no se dejaba convencer. Entonces Anatolio lo amenazó con la ira del Señor y con castigos inminentes por no dar fe a un santo, 23,5. Se cuenta que le dijo al final: "He aquí que esta noche el Señor me dará una vestidura

blanca. Revestido con ella permaneceré entre vosotros, y ésta será la señal de que yo soy un poder de Dios, puesto que habré recibido una vestidura de Dios”.

23,6. Ante esta declaración hubo una gran expectación. A eso de medianoche todo el monasterio pareció estremecerse con un fragor, como el que produciría gente saltando sobre la tierra. La celda donde vivía el joven se veía brillar con muchos resplandores, y se oía el ruido de gente que andaba en ella y el murmullo de muchas voces. 23,7. Luego se hizo silencio; sale el joven, llama a uno de los hermanos de nombre Sabatio y le muestra la túnica que vestía. 23,8. Estupefacto éste, llama a los demás. El mismo Claro también va. Traen una luz y todos miran la vestidura atentamente. Era sumamente suave, de una blancura excepcional y de un brillo resplandeciente. No se podía saber de qué fibra o lana estaba hecha, pero mirada con atención o al tacto de los dedos, era como cualquier otro vestido.

Al ver esto, Claro instó a los hermanos a que se pusieran a orar para que el Señor les mostrara más claramente de qué se trataba. 23,9. Y así pasan la noche entre himnos y salmos. Cuando aclaró el día. Claro tomó a Anatolio de la mano para llevarlo a Martín, pues sabía que el arte del diablo no podía engañarlo. 23,10. Entonces el desgraciado comenzó a resistirse y a clamar diciendo que le estaba prohibido presentarse a Martín. Cuando lo conducían a la fuerza el vestido se desvaneció entre las manos de los que lo llevaban. 23,11. Sin duda alguna era tan grande el poder de Martín, que el diablo no pudo disimular ni ocultar por más tiempo su fantasmagoría cuando iba a ser vista por Martín.

24,1. Es de notar que más o menos por la misma época hubo en España un muchacho que hacía muchos prodigios. La autoridad que había adquirido con esto lo llevó a infatuarse hasta llegar a afirmar que él era Elías. 24,2. Muchos imprudentemente lo creyeron, y él llegó a declarar que era el mismo Cristo. De tal manera engañó que hasta un obispo llamado Rufo lo adoró como a Dios, por lo cual lo vimos luego destituido del episcopado. 24,3. Muchos de nuestros hermanos nos han contado que por ese tiempo hubo en Oriente uno que se jactaba de ser Juan. Podemos suponer por la aparición de esta clase de falsos profetas, que es inminente el advenimiento del anticristo y que obra ya en éstos el misterio de la iniquidad⁴¹.

5. Falsa parusía de Satán disfrazado de Cristo Rey

24,4. Me parece que no debo omitir narrar con qué habilidad el diablo tentó a Martín por aquel tiempo. Cierta día en efecto se hizo preceder de una luz brillante y se envolvió él mismo en la luz, para engañarlo más fácilmente con la claridad del resplandor que tomaba. Iba vestido con un traje real, ceñido con una

⁴¹ Cf. *1 Ts* 2,7.

diadema de piedras y oro, y llevaba calzado bordado en oro. Tenía el aspecto sereno y el rostro alegre, de modo que en nada se parecía al diablo. Así se presentó en la celda de Martín cuando éste estaba orando. 24,5. Martín cuando lo vio se quedó estupefacto, y los dos permanecieron largo rato en silencio. El diablo habló primero. "Reconoce -dijo- oh Martín, al que ves: Yo soy Cristo. A punto de descender a la tierra quise manifestarme primero a ti". 24,6. Pero como Martín callara ante estas palabras y no le dijera nada, el diablo osó repetir la audaz declaración: "Martín, ¿por qué dudas? Cree puesto que ves. Yo soy Cristo". 24,7. Entonces Martín, a quien el Espíritu Santo había revelado que aquel personaje era el diablo y no el Señor, le dijo: "El Señor Jesús no predijo que iba a venir vestido de púrpura y con una diadema resplandeciente. Yo no creo que Cristo venga así, sino con las vestiduras y el aspecto con que padeció, llevando claramente las huellas de la cruz". 24,8. Al oír estas palabras, aquél se desvaneció como humo. La celda se llenó de un hedor tal que indicó con certeza que el diablo había estado allí. Este hecho que acabo de narrar lo conocí por boca del mismo Martín. Digo esto para que nadie lo tome por una historia inventada.

VIII. La "conversatio" de Martín

(El sacerdote, el asceta, el santo)

1. El maestro

25,1. Hacía ya tiempo que habíamos oído hablar de la fe, de la vida y de la virtud de Martín, y deseábamos vivamente conocerlo, por lo cual emprendimos gustosos una peregrinación para verlo. Como ya teníamos en nuestro interior el deseo ardiente de escribir su vida, tratamos de enterarnos de ella en parte directamente por él, en cuanto nos fue posible interrogarlo, y en parte por aquellos que vivían con él o que conocían su vida.

25,2. Fue increíble con qué humildad y bondad me recibió en aquella ocasión. Se regocijó mucho y se alegró en el Señor de que lo estimáramos hasta el punto de emprender una peregrinación para verlo. 25,3. Cuando se dignó hacerme participar de su santa comida -apenas me atrevo a decirlo- miserable como soy, fue él quien derramó agua en nuestras manos, y a la tarde fue él quien lavó nuestros pies. No nos atrevimos a negarnos ni a contradecirlo, pues de tal modo se imponía su autoridad que me hubiera parecido un sacrilegio no consentir en ello.

25,4. No nos habló más que de la necesidad de abandonar los atractivos del mundo y las cargas del siglo, para seguir al Señor Jesús. Nos proponía como ejemplo eminente de nuestro tiempo al ilustre varón Paulino, del que más arriba

hicimos mención, quien abandonó una cuantiosa fortuna para seguir a Cristo. Era casi el único de nuestro tiempo que había practicado íntegramente los preceptos evangélicos. 25,5. A él había que seguir, a él había que imitar, clamaba Martín. Era una felicidad para la presente generación tener un testimonio de tanta fe y virtud, pues siendo rico y poseyendo muchos bienes vendió todo y lo dio a los pobres, según la palabra del Señor⁴², e hizo posible con su ejemplo aquello que parecía imposible de realizar.

25,6. ¡Qué gravedad y qué dignidad había en sus palabras y en su conversación! ¡Qué fuerza y eficacia! ¡Qué prontitud y facilidad para resolver las dificultades de las Escrituras! 25,7. Y como sé que muchos no me creerán, porque he conocido gente que no aceptaba lo que yo les contaba, pongo por testigo a Jesús, nuestra común esperanza, de que yo no he oído nunca a nadie que tuviera tanta ciencia en sus labios, ni tanto talento, ni que dijera tan buenas y tan puras palabras. 25,8. Y aun esta alabanza es pequeña para las virtudes de Martín. Y lo extraordinario es que esta gracia la poseyese un hombre sin letras.

26,1. Pero este libro ya está llegando a su término. Voy a concluir, no porque no haya más que decir sobre Martín, sino porque como mal escritor que soy, que no sabe llevar a término su trabajo, sucumbo vencido ante la amplitud del tema.

26,2. Pues si los hechos pudieron expresarse de algún modo con palabras, confieso que ningún discurso expresará jamás lo que fue su vida interior, su proceder cotidiano, su alma tendida hacía el cielo. Pienso en la constancia y mesura de su abstinencia y de su ayuno, en su energía para ser fiel a las vigiliyas y a las oraciones tanto nocturnas como diurnas, sin interrumpir la Obra de Dios por el descanso o la actividad, por la comida o el sueño, sino en la medida exigida por la naturaleza. 26,3. En realidad, confieso que si el mismo Homero se levantara de los infiernos -como dicen- no podría exponer todo esto. Todo es tan grande en Martín que no se puede expresar con palabras.

Nunca dejó pasar una hora, ni un instante, en que no se entregara a la oración o se aplicara a la lectura- Y aun mientras se ocupaba en leer o hacer alguna otra cosa, nunca permitía que su espíritu cesara de orar. 26,4. Y así como es costumbre entre los herreros golpear el yunque durante los intervalos de su trabajo, como para descansar, así Martín, incluso cuando parecía hacer otra cosa, siempre oraba.

3. El confesor

⁴² Cf. *Mt* 19,21 ss.

26,5. ¡Oh varón verdaderamente feliz en quien no existió falsedad alguna!⁴³ A nadie juzgaba, a nadie hacía daño, a nadie devolvía mal por mal. Era tanta su paciencia para soportar todas las injurias que aunque tenía la plenitud del sacerdocio toleraba ser ultrajado hasta por los últimos clérigos, sin castigarlos. Jamás destituyó a alguno por esta razón ni, en cuanto estuvo de su parte, privó a nadie de su caridad. 27,1. Nadie lo vio jamás airado⁴⁴, ni alterado, ni afligido, ni entregándose a la risa. Fue siempre el mismo, con un rostro que denotaba una alegría celestial y que parecía estar más allá de la naturaleza humana. No tenía en sus labios sino a Cristo, 27,2. no tenía en su corazón sino bondad, paz y misericordia. A menudo solía llorar los pecados de los que lo difamaban, y permanecía sereno en la soledad mientras las lenguas venenosas y los labios viperinos lo laceraban.

27,3. En verdad hemos conocido personalmente a algunos que envidiaban su virtud y su vida, y que odiaban en él lo que no veían en sí y no eran capaces de imitar. Y lo penoso y lamentable es que sus perseguidores, si bien pocos, eran en su mayoría obispos. 27,4. No es necesario dar nombres, aunque la mayor parte ladren a nuestro alrededor. Si alguno de ellos lee estas líneas, es suficiente que lo reconozca y se avergüence, pues si se enoja confiesa con su actitud que estas palabras le conciernen a él, cuando quizás nos referíamos a otros. 27,5. Pero si es uno de ellos, no nos vamos a oponer a que nos odien a nosotros junto con tan gran varón.

27,6. Creo ciertamente que este opúsculo ha de agradar a todas las personas santas. Por otra parte si alguien no cree en lo que lee, él será quien peca. 27,7. Por mi parte, yo tengo conciencia de haber escrito movido por el deseo de exponer la verdad y por el amor a Cristo, y sé que he narrado y he dicho cosas manifiestas y verdaderas. Y espero que Dios les prepare un premio, no a todos los que lo lean, sino a todos los que crean.

⁴³ Cf. *Jn* 1,47; *Sal* 31,2.

⁴⁴ Cf. *Tt* 1,7.